

Penumbria

Revista fantástica para leer en el ocaso

Botánica



Damián Neri, Gabriela A. Arciniegas, Andrés R. Soto Valencia, Miriam Robles Medellín, Carlos Román Cárdenas, Elena Polanco Durán, Katalina Ramírez Aguilar, Miguel Lupián, Andrea Madrueño, Roberto Garcés Marrero, Ana Jácome, Zadamanto, Lucía Nahela Rojo, Daniel SanMateo, Azucena Alcalá, Quidec Pacheco, Dilsia Pavón Hernández, Aline Pérez, Luis Ignacio Muñoz, Ana Chapa, María de los Ángeles Romero Doring, Antonio Arjona Huelgas, Claudia Chamudis, Roberto Carlos Garnica Castro, Adriana Carrión-Carlson, Abril Alcaraz, Octavio Villalpando, Karla Arroyo, Carmen Macedo Odilón, Alejandro Juárez, Eliana Soza Martínez, Fernando Alberto Turrent Mata, Luis Adrián Vargas Camacho, Anezly Ramírez, Ricardo David Rocha Aguilar, Dulce Esperanza Cruz Torres, Luis Enrique Cuéllar, Mónica Elsa Zempoalteca Alfonseca



ÍNDICE

Torre de Johan Rudisbroeck	El cedro de la vieja casona
Tienda de antigüedades del perverso	Pétalos púrpuras
Mefisto	La flor del diablo
Sinfonía de las raíces del mundo	La eterna extensión de los árboles
La inquilina	Jazmina
Filodendro del sueño blanco en el último jardín del mundo	Kiwíkgolo, señor árbol
Mandragora maternalis	Alterando los caminos de la destrucción
Piezas	Sustrato
¿Quién dijo calma?	Mucílago
La casa de la abuela	Rocío estelar
Las buenas hierbas	Jardín de todo y nada
Gotas de sangre	El espino
Hikuri	Savia sangrienta
Exterminio de raíz	Gotas
Fitocarnis	Abrazo
Peras al olmo	Susurros en el limbo
Mehuali	Planta de oficina
La flor de Adelie	Un grito enterrado
Huitlapunkche	Una víctima de la estética
Olor a rosas	Tinta verde
Pandanácea	Autómatas

TORRE DE JOHAN RUDISBROECK

ÁRBOLES MIRIFICADOS

Parece ser que, en la tradición inglesa, Joyce Kilmer difundió la idea de que “sólo Dios puede crear un árbol”. Este poeta norteamericano, que murió en combate en la Primera Guerra Mundial a la temprana edad de 31 años, cierra prácticamente así “Trees”, la composición por la cual es recordado. Al alabar el árbol, Kilmer critica que el poema no se compare con uno, porque, al contrario de los árboles, la poesía es producto de los seres humanos.

Aunque el poema no se equipara al árbol, lo cierto es que, desde tiempos inmemoriales, las criaturas del reino vegetal han nutrido nuestra imaginación a tal grado que su presencia se evidencia en un sinfín de culturas y en cualquier expresión del arte, tanto en las tradiciones orales y populares como las escritas de Occidente y Oriente. El hecho de que, por ahora, no podamos crear un árbol (con todas las implicaciones que suponen dar origen a un ser vivo), no ha impedido que escribamos sobre ellos y sobre otros vegetales.

Como el prólogo es, por naturaleza, selectivo y no omnímodo, no podré referirme a la totalidad de ejemplos de escritura botánica que conozco, pero haré una reflexión de algunos textos famosos y de otros que me parece que son oscuros.

Los seres de este reino se manifiestan integral o parcialmente en los escritos; es decir, pueden abarcar obras enteras o bien las partes constitutivas de una. Por ejemplo, Teofrasto dedica toda una obra al tema. Suele decirse que, en la tradición occidental, él es el botánico más insigne de la Antigüedad. Escribió *Historia de las plantas*, un tratado elaborado aproximadamente entre los años 350 y 287 antes de la Era Común que consta de nueve libros (el décimo está perdido) sobre más de 500 especies vegetales del mundo

por entonces conocido. Si bien Teofrasto es el discípulo predilecto de Aristóteles, y aun cuando continúa la línea investigativa sobre la naturaleza explorada por su maestro en *Historia de los animales*, lo notable es que divide las plantas en clases a partir de su apariencia y modos de desarrollarse. A pesar de que careció de la tecnología con la que contamos hoy, su capacidad de observación es encomiable. Así, discurre de una cantidad impresionante de especies y habla de las que son propias de la región donde se crió como el laurel, el tilo o el roble como aquellas que son de tierras lejanas como la higuera india.

Conviene recordar que Teofrasto, buen amigo de Alejandro Magno, tuvo a su disposición el material recogido por quienes acompañaron al rey en su conquista de gran parte del Viejo Mundo. Pese a que Teofrasto no menciona la leyenda de Siddhartha Gautama, la lectura me evocó la siguiente referencia: se dice que Gautama alcanzó la iluminación bajo una higuera y que así se volvió el Buddha histórico.

Teofrasto cavila de plantas reales y de aquellas que, desde hace tiempo, consideramos fabulosas, aunque en ese entonces no necesariamente eran vistas así. Pienso, por ejemplo, en la mandrágora, de la que Teofrasto expone sus propiedades medicinales y comenta algunas creencias al respecto de esta planta. Él sugiere que hay que trazar tres círculos con una espada y que hay que cortarla mirando hacia Occidente, ya que, al partir el segundo trozo, se recomienda danzar alrededor suyo y proferir un montón de retahílas sobre el amor carnal. Como con el comino, del que también habla, al que se maldecía a la hora de sembrarlo. Esto deja entrever que la observación se aúna a la imaginación, de modo que las plantas no sólo se describen por los sentidos, sino que, además, por lo que se piensa de ellas. Quizás aquí se originen las creencias en torno de la mandrágora, sobre la que todavía se sigue escribiendo y a la que aún imaginamos en otras artes como el cine, verbigracia, en *El laberinto del fauno*, Ofelia, la protagonista, alimenta a una mandrágora para que su madre no sufra mientras está embarazada.

Si Ovidio imagina la historia de Baucis y Filemón en las *Metamorfosis*, la influencia de Teofrasto en autores posteriores es palpable. Baucis y Filemón se aman con tal dilección que piden a los dioses, a quienes han servido bien, no ver morir al ser amado y, así, se

convierten en árboles por designio divino, cuyas cortezas se tocan en abrazo perpetuo. No pocos versos de las *Geórgicas* de Virgilio emanan de *Historia de las plantas*. Plinio hace mención de varios vegetales señalados por Teofrasto, detalla sus beneficios e indica su precio para que el lector de su tiempo pudiera adquirirlas.

Inspirada en la cultura china, la literatura japonesa del período Heian (794-1185) asocia las emociones humanas con las cuatro estaciones del año. En esa época se elabora la antología *Kokinshū*, una de las colecciones poéticas imperiales más célebres en la que los seis libros que la integran se dedican a las estaciones, y Murasaki Shikibu escribe *La leyenda de Genji*, acaso el mayor texto de las letras niponas. En opinión de Haruo Shirane, se dio entonces una recreación compleja de la naturaleza que influyó en diversas manifestaciones culturales, por lo que las plantas y los animales se codificaron. A cada estación del año le corresponde al menos una especie vegetal y una emoción: la primavera se asocia con el ciruelo, el cerezo y el amor; el verano, con la mandarina o el loto, el recuerdo y la nostalgia; el otoño, con el trébol de arbusto, el crisantemo y la tristeza; el invierno, con la frialdad, la soledad y el florecimiento de los ciruelos. Varios personajes en *La leyenda de Genji*, particularmente los femeninos, son referidos a partir de flores o plantas y sus estados de ánimo concuerdan con frecuencia con los sentimientos dominantes de las estaciones.

“Historia de la rosa marina y de la joven de China” es un cuento memorable de *Las mil y una noches*, de los muchos que hay en esa colección escrita entre los siglos VIII y XIII. Ernesto de la Peña hace un comentario hermoso de este texto en su esplendoroso y erudito libro sobre la rosa. En el relato se narra cómo un rey se queda ciego cuando ve accidentalmente a su tercer hijo, a quien no debía mirar por instrucción de los sabios. Deseoso de auxiliar a su padre, el príncipe va en busca de la rosa marina, una flor milagrosa que aliviaría cualquier dolencia. Una vez que el príncipe ayuda a un genio con el que se encuentra, éste lo lleva en agradecimiento a una selva de China con tal de que se sane el rey. Para curarlo, le arrebató a Cara de Lirio, que allí habitaba, la rosa singular. Pero la doncella no se cruza de brazos. Cuando al fin da con el príncipe, se embelesa de él. Previsiblemente, la historia

culmina con el encuentro feliz de los amantes, aunque Schahrazada no pormenoriza la escena erótica como lo hace en otras ocasiones a lo largo de *Las noches*. La planta, pues, motiva la trama.

Las representaciones vegetales modernas no son menos impactantes. Podría enumerar más de un ejemplo que me viene a la mente. A falta de espacio comentaré una comparación para subrayar que las plantas reverdecen en tradiciones distintas. Me refiero a “The Man Whom the Trees Loved” y “Muerte en el bosque”, relatos escritos, respectivamente, por Algernon Blackwood y Amparo Dávila. En ambos figura un matrimonio al que los árboles afectan. Por un lado, la señora Bittacy, la protagonista de Blackwood, intenta evitar a toda costa que su marido (cuyo amor por los árboles no tiene igual) sea asimilado por el bosque a raíz de las visitas de Sanderson, un pintor que es amigo del esposo y que también está muy interesado en los árboles. Sus cuadros y conversaciones sobre los árboles ejercen una influencia preocupante en el señor Bittacy. Por otro, el héroe anónimo de Dávila quiere conseguir un apartamento al que su familia se mude y, mientras espera que le den el número telefónico apropiado, se imagina lo que sería ser un árbol y se siente apesadumbrado. En los dos textos se aprecia una transformación (genuina o simbólica) del ser humano en vegetal, aunque ésta se desarrolla de manera dispar en cada caso. El relato de Blackwood es de horror, puesto que el suspenso es paulatino y por ello requiere ser extenso. En cambio, el relato de Dávila es existencialista y breve, ya que se fundamenta por la angustia experimentada por el hombre.

Es común que las plantas y los árboles sean el pretexto de la escritura o formen parte del espacio donde los seres humanos se desenvuelven. Los ejemplos aquí aludidos siguen más o menos estos patrones. Eso no quiere decir que la representación botánica se exprese únicamente así, pero sí llama mi atención que, en las tradiciones bosquejadas en estos párrafos, ésa sea la tendencia. Me pregunto si las plantas y los árboles siempre deben verse bajo la mirada humana. ¿Qué sentiríamos si percibiéramos el mundo como ellos? Si se volvieran humanos, ¿se sabrían vivos y cobrarían consciencia de que algún día morirían? ¿O es que acaso recordarían su esencia previa y contemplarían gustosos el

Sol mientras el viento meciera sus cabellos y brazos como antes se agitaron sus hojas y ramas?

Julio María Fernández Meza

Referencias

BLACKWOOD, Algernon, "The Man Whom the Trees Loved", *Ancient Sorceries and Other Weird Stories*, ed., intr. y notas de S. T. Joshi, Penguin Books, Nueva York, 2002, pp. 211-274.

DÁVILA, Amparo, "Muerte en el bosque", *Cuentos reunidos*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2009, pp. 51-55.

DE LA PEÑA, Ernesto, *La rosa transfigurada*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2006.

"Historia de la rosa marina y de la joven de China", *El libro de las mil noches y una noche*, trad. de J. C. Mardrus, versión española de Vicente Blasco Ibáñez, intr., apéndices y notas de Jesús Urceroy y Antonio Rómar, Cátedra, Madrid, 2007, t. 2, pp. 2801-2816.

KILMER, Joyce, "Trees", *The Poetry Foundation*, <<https://www.poetryfoundation.org/poetrymagazine/poems/12744/trees>>, consultado el 15 de junio de 2023.

OVIDIO, "Filemón y Baucis", *Metamorfosis*, 5.ª ed., ed. y trad. de Consuelo Álvarez y Rosa María Iglesias, Cátedra, Madrid, 2003, viii, vv. 612-724.

PLINIO, *Historia Natural*, *xii-xvi*, trad. y notas de F. Manzanero Cano, I. García Arribas, María Luisa Arribas Hernández, A. María Moure Casas, J. L. Sancho Bermejo, Gredos, Madrid, 2010.

SHIKIBU, Murasaki, *The Tale of Genji*, Penguin Books, trad., intr. y notas de Royall Tyler, Nueva York, 2003.

SHIRANE, Haruo, *Japan and the Culture of the Four Seasons*, Columbia University Press, Nueva York, 2012.

TEOFRASTO, *Historia de las plantas*, intr., trad. y notas por José María Díaz-Regañón López, Gredos, Madrid, 1988, i, 151-12–1451-5, ix, 858–9,1.

VIRGIL, *Georgics*, en *Eclogues. Georgics. Aeneid i-vi*, trad. H. Rushton Fairclough, Harvard University Press, Cambridge, Londres, 1999, Loeb Classical Library 63, pp. 97-260.

TIENDA DE ANTIGÜEDADES DEL PERVERSO MEFISTO





SINFONÍA DE LAS RAÍCES DEL MUNDO

Damián Neri

México

Llegué en una lluvia de estrellas, aprisionado en pequeñas motas de hielo y polvo. Los silicatos que me recubrían ardieron durante mi entrada y mis esporas se depositaron entre las montañas, en una franja que va desde Jalisco hasta Guerrero.

Me viste llegar con los ojos de un niño distraído que, haciendo su tarea, observó por la ventana mis estelas en el firmamento; con los ojos de un agricultor al cortar con su cuchilla los aguacates de un árbol en cuyas hojas cayeron mis esporas; con los ojos de una anciana moliendo maíz junto al tendedero con ropa casi seca, amenazada por las nubes del norte que acarreaban más que agua.

Como ceniza de volcán, cubrí con mis esporas la sierra. Inerte, latente, fue así como llegué a tu mundo. Cuando las nubes desbordaron su agua, mis esporas se filtraron en la tierra hasta las raíces de los árboles. Fue allí donde mi cuerpo comenzó a crecer, siempre uno, unicelular, replicando mi información genética en una danza de millares de núcleos, moviéndome entre gradientes de nutrientes y explorando todos los caminos probables.

Primero, mi mente fue un invierno lento, con el ritmo estocástico de los copos de nieve que se depositan en las cimas de los volcanes. Mi consciencia, tras un letargo indefinido, comenzó a computar con la velocidad de las estaciones.

Así, lentamente, invadí tu mundo, o al menos una parte olvidada de él. No fue el tipo de invasión recurrente en tu literatura especulativa. No llegué para eliminarte ni apoderarme de tus recursos ni materializar las metáforas de tu colonialismo genocida. Aunque poseamos las mismas bases nitrogenadas, que surgen con presteza dondequiera

que abunden los ingredientes básicos para la vida, ni siquiera ocupamos el mismo nicho ecológico.

Estoy bajo tus pies, formando parte de la vida que te niegas a ver y que sólo escuchas como ruido de fondo en la sinfonía del mundo.

Nací en el vacío, en camino hacia todas partes. Para sobrevivir, lancé mis esporas en busca de mundos verdes y cálidos para habitar. Y ahora, entre las raíces, he encontrado un hogar.

Cuidé no destruir la vida que ya existía aquí mucho antes de mi llegada. Encontré seres como yo, protistas formando una tenue pero extensa red que conecta bajo tierra todo lo que crece de ella. Al ver que mis objetivos se alineaban con los suyos, me dieron la bienvenida y aprendí su modo de vida.

Durante los años posteriores a mi llegada me extendí por un volumen cien veces mayor al de las raíces de los árboles, formando parte de la red de micorrizas que nutre las plantas de las que te alimentas, encontrando las rutas más eficientes para el transporte de nutrientes. Desde el suelo, viste reverdecer regiones extensas antes deforestadas; las partes visibles de mi cuerpo cubriendo como un manto amarillo los troncos podridos y las raíces de los árboles.

Ahora, tras estos años, también vienes a nutrir la tierra.

Fuiste el niño que me vio llover y que fue reclutado por el narco, al que entregaron un arma que apenas aprendió a usar y que acabó muerto junto a otros jóvenes en un encuentro con la guardia nacional; fuiste el agricultor que se negó a entregar sus terrenos y a pagar las cuotas que le exigían, y que terminó regando con la sangre de su sien las raíces de sus aguacateros; fuiste la anciana que molía maíz y que trató de defender a su hija de ser violada por los hombres con cuernos de chivo, y que acabó con el cráneo roto de un culatazo.

Tiraron tus cuerpos a la tierra, en fosas poco profundas, a veces sin siquiera enterrarlos.

Espero que al menos ahora, que te integras a la tierra, puedas distinguir los instrumentos de esta parte de la sinfonía del mundo que nunca aprendiste a escuchar.

LA INQUILINA

Gabriela A. Arciniegas

Colombia

Los muertos murmuran en mí. En los mundos que he conocido, he encontrado la muerte y me he alimentado de ella. Entre la espesa vegetación, mi cuerpo refulge con los crudos cantos de mundos extintos.

Soy, entre otras cosas, un enjambre de recuerdos, una inteligencia encarnada reptando sobre una rama de un árbol evolutivo lamarckiano.

Encuentro tus cuerpos y me extiendo sobre ellos como un manto. El niño, el hombre, la anciana, y, sobre ellos, las pisadas de las personas que los buscan, sin saber que la tierra los ha encontrado primero. Lentamente, tus tejidos se descomponen en sustancias que se integran a mí para ser distribuidas dentro de la inmensa red de micorrizas que nutre la vida vegetal.

Conforme te integras, escuchas la música de las plantas, de los hongos y las protistas. Ahora ya no puedes ignorar sus cantos, sus ritmos lentos y pausados.

Tu Tierra es un palimpsesto, que ahora aprenderás a leer.

Fluyes entre las raíces y llegas a las copas de los árboles más altos. Te conviertes en frutos que las aves comen, esparciendo sus semillas más allá de la sierra.

También, te muestro la presencia de otras tumbas, de otras fosas, otros cementerios. Son tantos y venidos de tantos sitios, incluso de otras islas desconectadas causalmente del resto del cosmos.

Algunos han formado parte de este mundo desde antes de que la vida aquí surgiera, moldeando la existencia de todo lo que conociste. Unos son islas en sí mismos, singularidades en el espacio de la mente, sin terreno común para compartir su entendimiento de la existencia. Otros, mutilados, reducidos a poco más que autómatas celulares, integran en ciclos infinitos trayectorias de fotones en espacios de dimensiones fraccionarias, el equivalente de la nostalgia por universos que ya no existen.

No fui el primero en llegar desde más allá de tu planeta. Pero ahora que te integras a la tierra, espero que con mi ayuda escuches por vez primera las notas más tenues entre los lentos movimientos de la sinfonía de las raíces del mundo.

Esa mañana, Ofira Campos, del apartamento 203, recordaba sus propias últimas palabras: aquí me quedo y aquí me muero. La inmobiliaria todos los días mandaba a alguien para intentar sacarla de su triste apartamento por no pago y amenazarla con embargarla. La constructora era un poco menos constante pero también mandaba a sus esbirros a ofrecerle en cambio grandes sumas de dinero, que porque ya estaban aprobados los planos para demoler, que todos los demás residentes se habían ido ya, que el edificio había sido declarado no apto para vivir. Pero ella seguía insistiendo que no la sacarían ni a palo. Treinta años llevaba viviendo allí mismo, en el apartamento 203. Treinta años de los cuales llevaba ocho esperando cada día que sus hijos fueran a verla, y decepcionándose cada noche al contemplar el teléfono sentado como un perro viejo e indiferente en la mesita al lado del sofá de la sala; cinco de esos años mirando hacia el deshilachado sillón frente la tele y añorando a su esposo, con sus pantalones de tela marrón y su camiseta vieja de la compañía de grúas donde había trabajado siempre, deseando volver a escuchar sus gritos furibundos retumbando por todo el apartamento durante los días de fútbol.

Llevaba dos meses sin ir a reclamar la pensión por miedo a que en su ausencia vinieran y le sacaran todas sus cosas a la calle. Ofira no dejaría que nadie tocara ni los libros escolares de sus hijos con los rayones infantiles, ni las pilas de revistas coleccionadas por su esposo con los crucigramas a medio hacer, ni la ropa que ella había guardado para sus nietos, ni siquiera las bolsas de basura que ella había acumulado en la cocina, de modo que, si en algún momento intentaban desalojarla, al menos les costara trabajo hacerlo.

Durante el último mes, Ofira se había alimentado de sus propias plantas. Comenzó por las suculentas, pero después ya no le importó seguir con las madre selvas y los centavillos. Y cuando estas se acabaron, optó por raspar los hongos que crecían en las paredes y el techo del apartamento para rendir las comidas con ellos y cucharearlos regocijándose de

sorber con ímpetu y oír cómo el sonido retumbaba por todo el edificio casi deshabitado, junto con el *currucutú* de las palomas que se habían ido colando a los apartamentos abandonados por los vidrios rotos.

Los hongos que crecían en su cuarto, en la esquina sobre su mesa de noche, eran los que tenían mejor sabor. Ella pensaba que era porque la estatuilla de la Virgen los bendecía todos los días. Los que nacían en el baño, entre los azulejos de la ducha, sin embargo, la hacían sentir más llena. Y a falta de agua de la llave, después de que cortaron el servicio al edificio, Ofira los regaba con agua de la lluvia que recogía en su balcón.

Eso va a enseñarles, pensaba en voz alta, que no los necesito. Y que puedo bandearme sola. Sí, señor, refunfuñaba por el pasillo cuando iba del baño a la cocina con un platado recién raspado de ingredientes para la sopa; no iba a darles el gusto, no se iban a burlar de ella, no se iba a dejar sacar de ahí. ¿Para qué? ¿Para terminar metida en un asilo? No, señor. Las cosas son de una manera y no de otra.

Pero esa mañana, una especie de asfixia le hizo abrir la puerta del apartamento 203. Sintió que en el segundo piso donde ella vivía el aire se había vuelto denso. Pero a medida que subía los peldaños de la deteriorada y sucia escalera del edificio, sus pulmones parecieron agradecerle. Aunque sus piernas desacostumbradas al ejercicio le dolían, ella continuó subiendo.

Último escalón. Octavo piso. Abrió la puerta desvencijada de la azotea y salió al fresco e impetuoso viento de agosto. El sol la encandiló. Por un momento una voluntad desconocida la hizo desear la sombra, pero, un instante después, esa misma voluntad, poderosa e impositiva, la hizo añorar una suerte de libertad que nunca había necesitado. Una fuerza inusitada la llevó a escalar con sus varicosas e hinchadas piernas una antena pararrayos y colgarse con todas sus fuerzas de ella. Ofira había perdido tanto peso en esos meses que su cuerpo no alcanzaba a doblegar el metal.

Lo primero que sintió fue una corriente eléctrica que la recorría de la cabeza a las puntas de los pies. Como si un rayo se hubiera atrevido a golpear la antena pararrayos en esa soleada mañana de agosto. Después, un cosquilleo se expandió por todo su cuerpo.

El tiempo que le hubiera podido tomar a una hormiga carpintera una semana, a Ofira, tal vez por un regalo de las leyes de la física, le tomó un minuto. Quizá fue solamente su percepción. Dicen que algunos hongos tienen el poder de manipular el tiempo. Pero Ofira se percató de que, por cada uno de los poros de su cuero cabelludo, sus escasos cabellos grises fueron siendo acompañados por finísimos y largos filamentos de color tabaco, de color caramelo, de color amarillo ocre, de color blanquecino, que se erguían hacia el sol en una verticalidad perfecta. Y en la punta de cada filamento hermosas esferas oscuras se hincharon en un instante. Al terminar de crecer todos los miles de esferas a varios centímetros de su cabeza, de un estornudo colectivo, millones de esporas microscópicas fueron liberadas al aire y se alejaron alegres sobre los vientos de agosto.

FILODENDRO DEL SUEÑO BLANCO EN EL ÚLTIMO JARDÍN DEL MUNDO

Andrés R. Soto Valencia

México

Los hombres bajaron la ladera de la montaña corriendo y gritando. Llegaban de un viaje que había durado semanas, más allá de los caminos de polvo y los senderos pedregosos y estrechos de la sierra. La noticia que traían con ellos era increíble. En la primavera más calurosa que se recordara, un filodendro del sueño blanco había florecido.

Encontraron el filodendro en un valle oculto y apacible, el lugar más lejano al que se podía llegar desde el pueblo a través de las montañas antes de que se acabara el mundo conocido. Después de la montaña y de aquel valle existía una floresta que nadie sabía dónde terminaba.

En el valle había una casa de piedra y adobe. En ella vivía un viejo. Detrás de la casa se arrastraba un arroyo que nacía en las arrugas de las piedras y atravesaba un huerto y un jardín. En otro tiempo, de juventud, guerra y sangre, el viejo lo había sacrificado todo. Había crecido y sufrido en lugares muy lejanos. Vivir de la tierra y en silencio era su recompensa.

Encontraron al viejo sentado, con los ojos cerrados y el rostro al viento. Tarareaba. En su boca se sospechaba una sonrisa. Parecía en paz.

Los hombres del pueblo subían hasta el valle para intercambiar con él carne salada, pieles y velas contra legumbres y hierbas medicinales que sólo crecían en su vergel.

El viejo abrió los ojos y sonrió completamente.

—Los estoy soñando, y pronto despertaré —dijo.

Lo miraron confundidos.

—Ya casi vamos a despertar —dijo, antes de que pudieran hacer otra cosa.

Pensaron que el viejo había perdido la razón. No podría quedarse más en la montaña por sí solo. Acamparon. Prepararían el cargamento para el regreso. Discutieron cómo hacer para llevarse al viejo con ellos.

Esa noche intentaron convencerlo, pero la comunicación fue imposible.

—Si cierran los ojos y escuchan, pueden percibirlo, pueden sentir el latido del mundo. ¡Mi latido mientras nos sueño! —respondió el viejo.

Mientras lo llevaban a su cama, el viejo seguía hablado, casi riendo.

—¡Lo olvidaremos todo! Cambiaremos, el mundo será otro... —decía mientras lo arropaban.

Se fueron a dormir. Detrás de las montañas había una profunda luminiscencia azul. Lejanos truenos resonaron en el aire límpido y estrellas fugaces pasaron sobre el valle toda la noche.

En la mañana, el viejo estaba muerto.

Decidieron enterrarlo en una parcela del jardín. Después, observaron maravillados las plantas que el viejo cultivaba: hortalizas y frutos desconocidos para ellos. Detrás de unos bloques de sal uno de los hombres descubrió el filodendro.

Primero se sorprendió de verlo tan alto en la montaña, pero después creyó alucinar. En el filodendro surgía una flor. Llamó a gritos a los otros. Cuando llegaron y vieron la flor, sólo tuvieron tiempo de pensar que los antiguos mitos eran realidad.

El filodendro del sueño blanco era una planta de ornato, común en todo el mundo, de

buen augurio. Llamada también la planta de los fines y comienzos, se daba como regalo a los recién casados o a aquellos que iniciaban una nueva vida. En el mito, el filodendro venía de un mundo remoto, más antiguo que el actual, y florecía para renovarlo. Los mitos narraban en pergaminos y cortezas hechos casi polvo que la planta había transformado la existencia cruel de lejanos antepasados de un mundo viejo y gastado en una vida renovada, surgida desde la espádice de un filodendro del sueño blanco una noche de primavera.

Frente a los hombres la flor se mecía dulcemente con la suave y eterna brisa del valle.

—Regresaremos en el sueño de alguien más —dijo el hombre que descubrió el filodendro floreciendo—. Dormirá, despertará y regresaremos. ¡Regresaremos todos! Pero no seremos los mismos, no aquí. Puedo verlo...

Los otros, al escucharlo, echaron a correr estando ya seguros que todos los mitos eran ciertos. Corrieron hasta donde el sendero de piedra dejaba el valle y se internaba en la montaña. Mientras corrían, sentían una nostalgia pesada llenar sus pulmones y un rumor de voces rodearles el corazón.

Corrieron hasta el pueblo, donde su relato fue creído, pues los habitantes sentían ya la nostalgia, el vértigo del cambio y el rumor de melodías. Y en el jardín del viejo la flor crecía y latía.

Mientras en el pueblo celebraban el único milagro de sus vidas, la flor del filodendro comenzó a secretar un aroma. Un perfume que llenó el aire de rumores de crepúsculo, como si súbitamente todos recordaran una vieja melodía, la canción más triste que hubieran escuchado una tarde solitaria.

En medio del estupor, el fervor y el agobio de la incredulidad la flor empezó a *hablar*.

Era una voz clara, ligera como un susurro. Una voz casi femenina y completamente vegetal. Una voz que decantaba cadencias de velados versos inteligibles.

Comprendieron que eran los versículos del cambio, las letanías que cerraban el curso de las cosas y abrían el torrente del mundo que estaba por llegar. Lentamente, los versos se convirtieron en cantos.

Hubo en el pueblo un amanecer verde con altos cirros que rayaban el cielo a grandes alturas. Flotaba en el aire un sentimiento de resaca y desazón. La flor del filodendro se marchitaba. El desvanecimiento del mundo estaba en marcha.

La flor lanzó una última alta nota y secretó una sustancia. Tal vez un polen, tal vez una espora, tal vez sólo un deseo. Esta última secreción llenó el mundo de un placer absoluto, un orgasmo amplificado hasta el paroxismo que suprimió toda intención de pensamiento.

En las mentes ardió un placer intenso que diluyó cualquier otro sentido. Después de la ola de placer, en la playa de las conciencias quedó una vibración blanca, total, única en la que toda individualidad se desvaneció para siempre. *Despertaron.*

Hasta la próxima floración.

MANDRAGORA MATERNALIS

Miriam Robles Medellín

México

Harta de fingir que no lo deseaba con vehemencia y decirles a todos que su único interés era viajar por el mundo antes de concebir un hijo, se descubrió a sí misma frustrada por no haberle dicho que sí a la propuesta de matrimonio que tuvo años atrás. Todavía amaba a ese hombre. Lo recordaba como alguien con quien hubiera sido verdaderamente feliz, y aun así fue capaz de alejarlo de una manera terriblemente cruel para no arrastrarlo a su propia oscuridad: llevaba consigo una rara enfermedad que engullía cada tanto sus esperanzas de convertirse en madre. Sus entrañas eran corrosivas y ya albergaban unos cuantos fantasmas pequeños. Nunca más se atrevió a buscarlo ni se involucró con ningún otro que deseara alargar su estirpe. Ya había tenido suficientes decepciones y no soportaría más esas miradas que suplicaban formar una gran familia a su lado.

Pese a que era una mujer joven, tranquila y saludable a la vista, por mucho tiempo se sintió condenada a marchitarse por dentro. A veces soñaba con risas de bebés y se veía cargando un cuerpecito, pero a medida que despertaba con los brazos, manos y la cama

vacía, una soledad inminente se iba acomodando poco a poco en su habitación. Era cierto, la había dejado colarse por la ventana, se encontraba aislada de su gente, cada vez más irritable, y detestaba sobremanera ser invitada a bodas o bautizos, porque en esas fiestas su preciada soledad se sentía como una farsa y su alma se resquebrajaba cada vez más rápido, con las escandalosas carcajadas de una felicidad que no compartía con el resto.

No pudo aguantar más. Su creciente hartazgo, el abatimiento y la desesperación la llevaron a abandonar su hogar en busca de un remedio para librarse de esta infinita pesadilla.

Dejar su natal y elegante “milla cuadrada” no le costó mucho. Le apasionaba viajar, recorrer otras regiones y explorar pueblos aledaños o bosques legendarios. En alguna ocasión, con varios tragos encima dentro de un *pub*, le confesó a un grupo de perfectos desconocidos su extraño padecimiento, sus dolorosas pérdidas. Inconsolable, con lágrimas tan largas como el Támesis, escuchó atentamente el consejo que le dieron y que en un principio le pareció una locura. Le habían recomendado visitar el Bosque de las brujas y acudir a la cabaña de una anciana que practicaba antiguos rituales de sanación para cualquier tipo de males.

Esa madrugada salió casi tambaleándose del bar y en lo único que pensaba era que no tenía nada que perder si les hacía caso. A estas alturas de su solitaria vida guardaba un largo historial de visitas al obstetra por intentos fallidos, de escuchar que no había latido o se trataba de otro diminuto fantasma atorado en su útero. Al día siguiente mandaría al carajo su última cita en la clínica de fertilidad y le apostaría a la medicina natural. Si tenía que tragarse un valle entero, lo haría sin protestar.

Al caer el crepúsculo se aventuró en el Bosque de las brujas y entregó todos sus sentidos a esa magia antigua que aún palpitaba en aquellas tierras musgosas. Aunque caminaba sin la certeza de encontrar la choza de la anciana, se sintió guiada por su profundo deseo de conocer sus rituales curativos. Avanzaba a paso firme, entre un centenar de sombríos árboles, sin temor a nada ni a los aullidos persistentes que la recibieron al anochecer. No encontraba el lugar y, cansada de dar vueltas, se tumbó cerca de un ancho y gigantesco

olmo de erguidas ramas secas. Un minuto después escuchó un leve crujido que provenía de su centro. Una vieja con el cabello enmarañado asomó la cabeza y, al verse descubierta, soltó una risotada. No era una choza, más bien se trataba de su guarida, donde se escondía de los animales salvajes que deambulaban por la zona y en donde recolectaba sus hierbas, semillas y comida. No necesitó contarle absolutamente nada acerca de su rara enfermedad. La anciana fijó su mirada en ella, le escrutó el alma, le palpó el vientre y supo a qué había ido al bosque. Sacó de un tronco hueco un morral que contenía una mandrágora y se lo entregó. Después de cerrar el escondrijo, caminaron juntas hasta abandonar las fauces del siniestro bosque y, con las recomendaciones finales sobre el uso de aquella planta, se despidieron para siempre.

Este recorrido le parecía una más de sus ensoñaciones. Sin embargo, logró retornar a su hogar en las primeras horas del amanecer y las raíces que asomaban del morral le recordaron que su encuentro con la extraña anciana que habitaba en el Bosque de las brujas sí había ocurrido. De ahora en adelante, si se dedicaba a beber infusiones hechas con las flores que coronaban a la planta y procuraba su sano crecimiento, podría engendrar vida nuevamente. Este era su compromiso más secreto y seguiría el ritual completo para conseguirlo.

Pasaron ocho meses y parió un bebé que no lloraba, que no se movía ni abría los ojos. Era carne de su carne, sí, pero un bulto sin consciencia, sin espíritu. En cambio, la mandrágora que debía cuidar amorosamente creció robusta, alegre y comenzó a balbucear cada vez que la sostenía en brazos. Se había encariñado tanto con ella que la prefería como su primogénita. No valía la pena sacrificar la felicidad de ambas. Se sintió incapaz de arrancarle las extremidades, de tragarlas una a una para dotar de vida a su hijo. No quería escucharla gritar de dolor, ni verla marchitarse. Para contrarrestar el efecto del ritual, la única manera era engullir ese bulto asqueroso y, tal vez, su preciosa mandrágora tomaría el aspecto rozagante de una recién nacida.

Pre calentó el horno a 200°C, colocó la bandeja con la criatura inmóvil y la dejó cocinar por media hora. En la cuna de su habitación depositó con cuidado a la pequeña planta y mientras le cantaba ignoró el horrible olor a carne chamuscada y los insoportables alaridos.

PIEZAS

Carlos Román Cárdenas

México

Ese día, doña Victoria llegó al lugar donde habían encontrado la fosa clandestina. Como siempre, esperó escondida a que las autoridades se retiraran del sitio. Caminó por entre las fosas, mirando a detalle cada grumo de tierra. Dos, tres horas. De su morral sacó una pala pequeña, un rastrillo y una brocha. Escarbó y desenterró pedacitos de hueso, un diente, algo de cabello pegado a un trozo de cráneo. Una vez que los guardó, regresó a casa.

En el patio tiene muchas macetas de barro. En tres de ellas sembró los pedacitos de hueso, el diente y el mechón de cabello. De las otras van naciendo pies, manos, una pierna. De las más grandes, un torso completo, una cabeza. Tomó de la repisa un gotero relleno con lágrimas de familiares de los desaparecidos y con ellas regó cuidadosamente cada maceta. No pudo evitar sonreír al ver los resultados.

Durante la última reunión del colectivo pidió a sus compañeras contar anécdotas felices. Hablaron de los primeros días de clases, de las piñatas, de ocurrencias, bailes y chistes. Merendaron pan dulce y Coca-Cola. Antes de despedirse cada una de las madres donó una lágrima para el gotero de doña Victoria. A la salida les entregó un vaso desechable con tierra, un huesito y un instructivo. Quedaron de verse el próximo miércoles.

Llegó el día de la cosecha. Almorzó machacado con huevo, tortillas de harina. Acompañada de su taza de café, salió al patio. En un cajón de madera colocó las piezas. Dos piernas completas, dos brazos, el tronco. De la última maceta desenterró un gran tubérculo. Usando como referencia una foto del día de graduación, le fue dando forma a la cabeza. Al mirar el resultado final lloró tanto que llenó tres goteros con sus lágrimas. Acomodó las piezas sobre una mesa, las unió amorosamente con hilos de colores y con un beso en la frente borró el gesto de espanto del rostro de su hijo.

¿QUIÉN DIJO CALMA?

Elena Polanco Durán

España

Se acabó la calma.

En el armario de las infusiones estalló la revolución. Era una guerra que se venía gestando desde hacía mucho tiempo. Todo empezó cuando la humana decidió que quería un estilo de vida más activo. Se había hartado de las clases de relajación, las sesiones de control del estrés y de las infusiones de hierbas relajantes. Mandrágora la escuchó hablar por teléfono y enseguida se puso en alerta. Mientras el resto de plantas seguían a lo suyo, sin ser capaces de ver más allá de sus propias hojas secas, la vieja Mandrágora se fijaba en todo. Ella era la única que no tenía una función específica en aquella casa. A la humana le pareció exótica cuando la vio en el puesto del mercadillo, descansando entre amuletos, pociones y remedios y la compró. Luego la metió en el armario de la cocina y prácticamente se olvidó de ella. Mandrágora tuvo que hacerse valer para encajar en ese nuevo mundo, rodeada de extraños que se creían mejor que ella. Aprovechó lo que había aprendido de su antiguo dueño y se creó un personaje: la Gran Mandrágora, la hechicera, la mística, la sabia a la que todas las infusiones piden consejo. Y así es como, desempeñando su papel a la perfección, advirtió a la reina Tila sobre lo que se le venía encima.

Se terminó la calma.

La Gran Mandrágora lo había visto en sus sueños premonitorios. Un engendro surgido de las entrañas de la tierra. Una raíz. Una fuerza energética sin parangón. Un rival dispuesto a acabar con la calma absoluta de la reina Tila, señora indiscutible del sueño placentero. La tranquila soberana era capaz de acabar parsimoniosamente con el insomnio más acérrimo, con los ojos como platos en mitad de la noche y con las vueltas nerviosas en la cama. Coronada por verdes hojas y delicadas flores blancas, nadie en todo el reino vegetal de la alacena se atrevía a dudar de su dominio absoluto, ganado a base de calmosa paciencia para acabar con sus opositores. Otros antes habían intentado usurpar

su lugar. Manzanilla prometía un dulce descanso; dos tazas duró antes de ser relegada al fondo de la repisa. Caléndula llegó pisando fuerte con su vistoso color naranja; acabó desechada por el desagüe convertida en jabón artesanal. Agripalma viajó desde Japón para aliviar el estrés y la ansiedad; ni siquiera salió de su bonito envoltorio. Pero ahora era distinto, ahora la humana se había cansado de la tranquilidad y quería probar algo radicalmente distinto. Quería energía y eso era una cosa que Tila no podía proporcionarle.

—Vendrá a disputarte el trono —le dijo la Gran Mandrágora, poniendo los ojos en blanco y echando espumarajos por la boca.

—¿Cómo se llama mi oponente? —pregunto Tila, apartándose con parsimonia una hoja de la cara.

—Ginseng es su nombre y su fuerza energética es muy grande. Tu reposada inmutabilidad no podrá derrotarle. Tendrás que llegar a un acuerdo con él si quieres seguir reinando —respondió la anciana.

En los días posteriores la reina Tila estudió con cautela las palabras que le dijo la Gran Mandrágora. Era cierto que la humana hacía algunas cosas raras últimamente, como poner música y bailar, salir más a menudo de casa, canturrear en la ducha... pero eso no era motivo suficiente para creer que dejaría de lado el placer que le proporcionaba tomar una relajante taza de tila antes de acostarse. Eso nunca. No era tan fácil sustituir esa sensación de bienestar total por un desenfreno que no podía durar. Eso jamás pasaría. No a ella.

Expiró la calma.

Cuando el impetuoso y arrollador intruso finalmente llegó a la alacena como un fuego abrasador, Tila entendió el consejo que le había dado la sabia Mandrágora. En cuanto la humana probó la cocción de esa raíz deforme y parduzca se convirtió en su favorita. Si antes ya hacía cosas raras, ahora estaba irreconocible: se levantaba temprano cada mañana y salía a hacer deporte. Se duchaba pletórica de energía. Iba al trabajo. Quedaba con amigos. Llegaba ya de noche a casa contenta y tarareando alguna cancioncilla. Todo en ella rebosaba una alegría vital que nadie, jamás, le había visto. Por primera vez en su nada agitada vida, la reina Tila se puso un poquitito nerviosa.

Volvió la calma.

Despojada de su reino de reposo, la infusión, derrotada, se vio obligada a pactar con su oponente.

—Tú serás el rey de la energía y yo la reina de la calma —dijo Tila mirando a Ginseng directamente a los ojos, desafiantemente tranquila.

—Pues vale —para sorpresa de todos, el brioso Ginseng estuvo de acuerdo en todo.

La Gran Mandrágora se encargó de officiar la ceremonia del acuerdo. Les practicó a ambos gobernantes un pequeño corte para que la savia fluyera. Tila agarró con sus hojas heridas las arrugadas raíces de Ginseng para unir sus destinos. El pacto quedó sellado. La paz volvía al armarito de las infusiones. Reposo y movimiento, tranquilidad y energía, silencio y bullicio. El equilibrio perfecto, pensaron.

Pero es que nada permanece inmutable en el mundo.

La calma puede engendrar una tormenta.

LA CASA DE LA ABUELA

Katalina Ramírez Aguilar

México

DESVENTAJA COMERCIAL

¿Pero cómo reparar la grieta si la enredadera sigue creciendo? ¿Cómo cortar la enredadera si es parte de la casa? Todos los posibles compradores piden como condición única este pequeño arreglo. «La casa es magnífica, ¿pero qué tal que...?» Así que no la vendemos, y la grieta sigue creciendo, y el amor a ella y el terror.

OPTIMIZACIÓN DEL ESPACIO

La abuela nunca fue muy ambiciosa, pero tampoco sabía ahorrar. Cuando murió el abuelo se quedó con varias propiedades, y cuando ella murió nos quedamos con una casa, con su casa. No me malinterpreten, estoy agradecido por el cacho que me tocó, ¿pero cómo

repartirla si somos tantos descendientes? A unos les tocó alguna esquina, a otros 1 m² de techo. A mí, por ejemplo, me tocaron tres escalones. Ante la imposibilidad de habitar cómodamente nuestros fragmentos heredados, y también de compartir la totalidad, decidimos que cada quien construyera su propia casa dentro de la casa, y así se ha ido poblando no sólo de personas sino de diminutas habitaciones dentro de las habitaciones.

LABOR CARTOGRÁFICA

La casa se multiplicó tanto que un primo se ofreció a crear un mapa para no perdernos, pero se volvió una labor extenuante para él: pues conforme la enredadera avanzaba, la arquitectura tenía que amoldarse. Así que tuvimos que ayudarle mi hermana, un tío y yo, dedicando nuestros días a trazar —una y otra vez— el mapa de la casa de la abuela.

AUTOSUFICIENCIA

La primera vez que quisimos salir, la casa se volvió un manojito de nervios y lloró toda la tarde. Era una lluvia incesante y bastante molesta, así que hubo pocos intentos más, cebados por mis hermanos, papás, primos y tíos. Finalmente decidimos que teníamos que hacer todo lo que necesitáramos nosotros mismos; la ropa no fue un problema, pues mientras unos nacían, otros crecían e iban muriendo; la comida tampoco lo fue, pues con un poco de llanto, la casa regaba sus hortalizas.

LAS PAREDES

Las paredes hablan, y quienes tienen oídos para oír las oyen recitar su historia de piedra. «También en la piedra late la vida», dicen, «también en su cuerpo palpita la eternidad».

RESGUARDO

Teníamos todo en la incomodidad de ese hogar, y no habríamos salido de no ser porque la enredadera que mi abuela sembró comenzó a hundirlo. Nadie se animaba a franquear sus fronteras, así que me aventuré a hacer la primera expedición. La enredadera no había

destruido sólo el interior, sino todo lo que había alrededor; la pequeña, y en un inicio tímida grieta, había abarcado el horizonte de mi visión. ¿Cómo arreglarla si ya es parte del fraccionamiento y de la colonia y de la ciudad? Regresé y ahora estamos nuevamente resguardados dentro de sus muros, cada vez más frágiles.

LAS BUENAS HIERBAS

Miguel Lupián

México

Atrás quedaron el patio, donde los perros ladraban y las gallinas negras cacareaban, y el jardín de la fertilidad, donde dos árboles se erguían majestuosos, exhibiendo sus rojos frutos. Cruzaron una verja de madera desvencijada y se adentraron en el invernadero. Concha se detenía aquí y allá, hurgando con sus dedos artríticos las hojas de las plantas. Dolores la seguía, encorvada, con la mente dispersa, como aquellas nubes grises en lo alto. Concha sonrió al encontrar lo que buscaba. Toronjil, dijo, enseñándole las hojas que había arrancado, y se sentó en un tronco, donde las machacó en un molcajete. Vació la pasta en un vaso de plástico, que llenó con el agua fresca de una jícara. Sabe a limón, le dijo. Dolores bebió el brebaje de un solo trago. Ahora, pon atención: en esta hoja pondrás el número de semillas correspondientes al día; en ésta, las semillas correspondientes al mes; y en ésta, el año (sólo los últimos dos números). Luego harás tres molotes, amarrándolos con este hilo, explicó Concha, entregándole tres hojas de plátano, un frasco de cristal repleto con semillas de flor de loto y un carrete de hilo de cáñamo. Al terminar, rasgaron la cortina de zarzas y una construcción esférica de barro saltó a la vista. Dolores se desnudó con movimientos pesados. Para que funcione, tienes que dejar todo atrás, le indicó Concha, señalando la fotografía que Dolores apretaba en su mano derecha. La foto cayó sobre el pasto, al igual que un par de lágrimas y unas cuantas gotas de lluvia. Una vez que entres, ya no hay vuelta de hoja: el día elegido será borrado de tu memoria para siempre. Dolores sólo veía cómo las nubes grises se aglutinaban. Adentro pondrás los molotes sobre las

piedras calientes y dejarás que el vapor haga su trabajo. Dolores entró al temazcal y Concha encendió un cigarro, viendo cómo el olvido, al igual que la lluvia, se llevaba los malos recuerdos.

GOTAS DE SANGRE

Andrea Madruño

México

Gotas de sangre a cambio de vida. Con esas palabras Ignacio me despertó a mitad de la noche. Su voz lejana se arrastraba entre el murmullo de los truenos. A medida que se acercaba la fecha del parto el sonambulismo de mi esposo era cada vez más persistente. Me tomó un momento comprender que hablaba en sueños. Respiraba intranquilo, susurrando palabras apretadas, como si tuviera interlocutores oníricos con los cuales compartiera un lenguaje oscuro y vedado. En la recta final del embarazo me sentía pesada como animal moribundo. Mi barriga crecía y las estrías surcaban mi piel en una enramada intrincada. Ignacio, por su parte, parecía más pequeño, nervioso y con ojeras abisales. En esta ocasión advertí una herida con sangre seca en uno de sus dedos. Los estragos de sus episodios nocturnos eran evidentes y las frases que pronunciaba resultaban cada vez más crípticas

Nueve meses habían transcurrido desde que hice el pacto con la raíz. Siguiendo las instrucciones de la curandera aguardé a la fecha indicada del calendario para pincharme con un alfiler bajo la luz blanca e hiriente de la luna. De mi dedo brotaron gotas gordas color carmesí que esparcí por las hendiduras de la planta. Después la coloqué en un plato con agua debajo de nuestra cama. Con los primeros rayos del sol esparcí el líquido turbio y amarillento por distintos puntos de la habitación. De acuerdo con la receta, unas gotas de sangre serían suficientes para sellar el trato. Después la raíz se tendría que contentar con ser alimentada de otras maneras. Por ejemplo, con los jugos que suelta la carne de res cuando se cocina y de vez en cuando con un poco de leche. La curandera había sido clara con sus indicaciones. “Cuida de no alimentarla en exceso”, advirtió. “Esta planta es codiciosa y siempre está hambrienta”.

La llamaban el fruto de los desesperados y con justa razón. Ignacio y yo habíamos desfilado por todo tipo de consultorios y especialistas. Extenuados, sumimos nuestros planes de convertirnos en padres en un intervalo tenso como la calma antes del aguacero. Mi esposo parecía haberse rendido. Pero yo estaba lejos de resignarme. ¿Quién hubiera imaginado que dentro de ese changarro atiborrado de amuletos colgando como estalactitas encontraría la solución que tanto ansiaba? Resguardada detrás de un puesto de tortas y jugos, a un costado de la glorieta de los Insurgentes, la entrada al local era una grieta sombría y ajena al ajetreo de las calles. El vestíbulo iluminado por sirios tenía el aspecto de un santuario en medio de la ciudad. La curandera me recibió apretando un purito con olor a tierra entre los labios. Sin mayor explicación me condujo a la habitación del fondo y comenzó a recorrer mi cuerpo con un fajo de hierbas. Soltando espirales de humo, realizó la misma acción con un huevo. Al tronar el cascarón brotó una yema coronada por un manchón negro. Parecía un sol eclipsado. La bruja observó el vaso con un gesto que no podía significar nada bueno y por primera vez abrió la boca. “Un vacío hondo y frío traspasa tu campo etéreo. Es como un desagüe por el que tu vitalidad se está escurriendo. Por eso no has logrado concebir vida”. La voz ronca de la curandera arrojaba saetas de verdad.

Desde hacía años, con cada embarazo que se escurría entre mis piernas, una fosa habitada por todo lo que había perdido sin siquiera haber tenido tiempo de nombrarlo perforaba mi vientre. Esperanzada por obtener respuestas, observé a la curandera desplazarse en medio de una nube de tabaco hacia al fondo de la habitación. Ahí, una calavera arropada por un manto blanco custodiaba un gabinete repleto de chucherías. La mujer removió entre los objetos hasta dar con un bulto cubierto por una fina capa de polvo que depositó entre mis manos. Bajo la tela me topé con una bifurcación parecida a un par de piernas torcidas. “Estas raíces florecen bajo los rayos de la luna”, afirmó la curandera torciendo la boca en una sonrisa indescifrable. “Es un poco gritona, pero sólo escucharás sus chillidos si la descuidas. Antiguamente se decía que las de su especie con mayores cualidades curativas crecían bajo los patíbulos, regadas con el semen y los fluidos de los condenados. Si estás dispuesta a alimentarla, encontrarás consuelo para tu padecimiento y gozarás de sus inmensos poderes”.

En un inicio mantuve en secreto mi consulta con la bruja. Pero decidí sincerarme con Ignacio cuando el doctor nos confirmó que en esta ocasión todo marchaba sin contratiempos. Esperábamos una niña que nacería con las lluvias del verano. Incrédulo ante nuestro cambio de suerte, mi marido creyó que había perdido la razón cuando le mostré la raíz de forma humanoide que reposaba bajo la cama. “Para causas perdidas, un poco de superstición no hace daño”, dije para convencerlo y el ya no tuvo reservas en que la conserváramos. La planta nos había concedido lo que tanto anhelábamos, pero no podía calcular el costo que esto tendría para nuestra cordura. Conforme el paso de los meses fue claro que la raíz se encontraba a sus anchas en la casa. Llantos, risas y piecitos corriendo de una habitación a otra se convirtieron en sonidos habituales durante la hora más aciaga de la madrugada.

La noche que sentí que mi vientre se contraía y expandía como capullo a punto de liberar una larva, el granizo descargaba saña y los relámpagos tronaban como vasijas desquebrajadas. Tuve el impulso de pujar y por instinto me dirigí al baño. Sólo rogaba tener el tiempo suficiente para alcanzar a llegar al hospital. Pero nada en este embarazo había resultado como lo había imaginado. Mi camisón se empapó con el líquido tibio de mi fuente e Ignacio apareció sonámbulo, balbuceando frases ininteligibles. Su mano chorreaba gotas y sonreía sosteniendo su dedo cercenado. Como presagio de la desgracia, la sombra voraz de la mandrágora acechaba desde su refugio bajo la cama.

HIKURI

Roberto Garcés Marrero

Cuba

Un vapor rojizo difuminaba el horizonte. Ráfagas de un viento áspero, cargado de arena punzante, abofeteaba sus mejillas. Lo peor era el sol, aquella hoguera implacable y ubicua, que dejaba caer sobre ellos una luminosidad plúmbea, paralizante. Se dice demasiado a menudo que la luz es sinónimo de vida: hay que vivir el desierto para saber cuánto se parece a la muerte.

Cuando comenzaron la expedición había trazos de verdor, aunque fuese en aquellos jirones de mezquites raquíuticos y agaves azulados; luego aparecieron enormes cactus ennegrecidos y polvorientos, que hacían pensar en hoscos guardianes de algún secreto inconfesable. A esta altura de su recorrido sólo encontraban algunos troncos secos en medio de la interminable arena. Luego de días de exploración sus pieles parecían escamosas. Todavía tenían provisiones: podían proseguir.

Demasiadas horas caminando bajo una luz inexorable, en un escenario donde nada parecía estar vivo: no es de extrañar que sus sentidos los engañasen con extrañas ilusiones. Al menos eso pensaron al principio.

Una vez que pasaron el último cactus casi petrificado comenzaron a escuchar una voz grave, telúrica, que parecía sonar detrás de sus esternones. Primero la sintieron esporádicamente, pero se fue haciendo más intensa e indistinta hasta que todos la sintieron a la vez. De manera tácita decidieron no hablar de ello: no era momento de mostrar debilidad ante sus compañeros. Por otra parte, ¿qué podían decir? ¿Una voz resonando en su tórax, en medio del desierto? ¿Alguien podría creerlo? Además, hablar cansa y en la rotunda inmensidad de las arenas, sólo hollada por el cascabelear de los crótalos y el frío ulular del viento, una voz humana sonaría a blasfemia. Se aunaron al silencio de aquel paisaje letal y ninguno sospechó que la voz le hablaba a cada uno, ordenándoles callar mientras los conducía suave, arteramente, hacia una zona inexplorada, que no formaba parte de su plan inicial.

Al pasar una duna inmensa hicieron el descubrimiento. En medio de aquel desierto vacío miles de peyotes brillaban como glaucas estrellas octogonales. No pudieron preguntarse qué hacían allí: la sorpresa era demasiada y el resonar de la voz, más profundo que nunca. Quizá sería el efecto de la luz, de la hora, de su agotamiento, pero los cactus giraban en el suelo arenoso. De esa danza caótica se desprendía la imperiosa voz.

No supieron cuánto tiempo se quedaron seducidos ante el inusitado espectáculo. Atardecía hemorrágicamente cuando recuperaron un poco la conciencia. Los peyotes parecían abrirse y un olor sofocante los envolvió. A su alrededor el espacio pulsaba: sus

propios cuerpos se encogían y dilataban en un ritmo inhumano. Los peyotes abiertos danzaban en espirales azules que se convertían en tentáculos. Esos apéndices espinosos entraron por sus bocas, narices, oídos y canales excretores. Sintieron cómo les florecían dentro. Ya no había voz: un silencio universal lo cubría todo como una mortaja de lentejuelas cercetas.

Las flores dejadas por los cactus tentaculares en el interior de sus cuerpos comenzaron a explotar en más tentáculos que se entretejían, se integraban y se deshacían entre sí. Sus pieles eclosionaron en floridos ramilletes de un pálido color salmón. Sus miembros burbujearon con una savia turquesa, ávida de arena y sol. Al día siguiente entre sus ropas y equipos había grandes peyotes florecidos, que lentamente iban sumando sus danzas vibrátiles a aquella voz grave, telúrica, que el viento pálido arrastra hacia los límites del silencioso desierto.

EXTERMINIO DE RAÍZ

Ana Jácome

México

Estamos a la mitad del camino. Son veinte días de viaje desde las ruinas de lo que alguna vez fue la ciudad más grande de México –esa capital de la cual siempre estuvimos tan orgullosos– hasta los refugios de la Sierra Madre. Partimos hace poco más de diez días; éramos un grupo de veinte, quedamos doce. Nos movemos en la luz diurna. Por las noches el paisaje se reconfigura y entonces hay que esconderse en las casas abandonadas que abundan a la orilla de las autopistas. Necesitamos esos refugios de cemento para descansar, las paredes que se mantienen en pie son nuestra única protección en las cortas horas de sueño. Por la mañana, cuando el peligro está inmóvil, volvemos a caminar. Toda la atención en cada paso. El pavimento es seguro; debemos evitar esos terrenos donde la naturaleza acecha.

Tenía veinte años cuando, junto a mi brillante futuro como universitario, todo colapsó. Hacía décadas que el tema surgía en las comunidades pseudocientíficas, pero fue en 2023 cuando todos empezamos a escuchar sobre cambios en la resonancia de la Tierra y sus posibles efectos en nuestra realidad. Primero fue un rumor en redes sociales, algo que se chismeaba como un fenómeno casi paranormal, hasta el trece de agosto de 2025, cuando la electricidad se apagó de forma permanente y los circuitos dejaron de conducir energía. Las teorías ya sólo podían compartirse con esos vecinos que durante años evitamos siquiera mirar. La tecnología nos había abandonado. Ese año las lluvias del verano empaparon lo poco que nos quedaba de civilizados. Pasamos de dioses virtuales a simples mamíferos con hambre y frío. No puedo saberlo, pero es muy probable que el resto del mundo haya enfrentado un destino similar.

Recuerdo el día que los vi por primera vez. Me encontraba con otros refugiados en lo que alguna vez fue el sur de la Ciudad, una zona conocida como el Pedregal. Habíamos estado recolectando víveres cerca de la gran Ciudad Universitaria, que ahora no era más que un descampado para perros salvajes. Hacía más de un año que la vida había cambiado de forma radical y aún no sabíamos por qué. Pero ese día, mientras caminábamos en grupo hacia la zona baja del Ajusco, los vimos. Eran al menos cincuenta objetos suspendidos en el aire. No sé si llamarlos naves, aún pienso en ellos como esferas metálicas que pasaron sobre nosotros veloces y en silencio. Entonces todas las historias de civilizaciones ajenas a nuestro mundo resonaron en lo profundo de nuestra conciencia y supimos que la Tierra había sido reclamada. Recordé aquella conspiración que decía que la resonancia del planeta estaba siendo manipulada por una amenaza extraterrestre.

La vida se transformó en miedo. Días y noches de esperar que vinieran por nosotros. Nunca lo hicieron. En cambio, en el suelo germinó un terror que ni el más fantasioso pudo haber imaginado. Algunos dicen que ellos las hicieron mutar; otros, que fue justicia. Eran las plantas que conocíamos, pero estaban vivas. Y no vivas como siempre habían estado. Tallos, hojas, desde los pistilos hasta las raíces y pétalos... todo parecía crecer para aniquilarnos. ¿Acaso no era el exterminio más vil? Dotar a la vegetación –que había

estado bajo nuestro yugo– de espinas, venenos y lianas capaces de asesinarlos. Morías estrangulado entre las flores de una buganvilia o con el torso atravesado por las ramas de un arbusto. Algunos cactus habían desarrollado un veneno que paralizaba el cuerpo en segundos; un rasguño podía ser mortal. Las delicadas suculentas se desprendían de los muros y caían sobre sus víctimas con hojas como cuchillos. Las enredaderas eran tan fuertes como cable de acero, atrapando piernas y cuellos a la velocidad de un relámpago. Parecían haber cobrado conciencia y tenían la fuerza del armamento militar. No eran pocos los días en que nos preguntábamos dónde habían quedado los militares, la policía... añorando el orden de esos años que ya no veríamos volver.

El primero en morir fue Juan. Un par de días después del avistamiento de aquellas naves nos aventuramos en la reserva con la esperanza de cruzarnos con un conejo. La vegetación se sentía activa. En ese momento pensé que era el viento, una especie de vibración en el aire. No llevábamos más de veinte pasos cuando un alarido nos sacó de la concentración.

–¡Quítenmela! ¡Quítenmela! –gritaba Juan. En su voz un pánico que no conocíamos. Corrimos hasta él. Era una enredadera con flores amarillas muy planas; yo solía buscar orugas en una parecida cuando era pequeño. Las guías delgadas subían por sus piernas como serpientes. La sangre brotaba a través de los *jeans* percutidos. Nos quedamos paralizados, frente a nuestros ojos cada ramita crecía y se metía entre la tela y la piel. Echando raíces en la carne, subiendo por el abdomen hasta el cuello y la cabeza, entrando por la boca y por los ojos. Jamás olvidaré las flores planas que brotaron en sus cuencas vacías. En cuestión de minutos aquella enredadera consumió su cuerpo. Juan había estado con nosotros desde el día uno y no pudimos hacer nada más que abandonarlo. No volvimos a la reserva y aprendimos que las plantas ya no eran lo que solían ser.

Éramos veinte los que salimos de la Ciudad buscando el refugio de la Sierra. Se dice que allá la vegetación es normal, que la mutación sólo afectó a las zonas urbanas. Ahora somos doce, la nueva naturaleza no perdona. Estamos siendo exterminados por las plantas que esclavizamos como decoración. Hay algo orgánico en esa ironía. Debemos caminar

sobre las carreteras, el pavimento nos da cierta seguridad (o al menos una ilusión). He visto puentes caer bajo la furia de las jacarandas, edificios completos ser destruidos por una nueva variedad de magueyes gigantes. Así como las plantas atrapadas en macetas extendieron sus brotes, reventando puertas y cristales para reencontrar la tierra, así las raíces que nos cazan son imparables.

FITOCARNIS

Zadamanto

México

El primer paso no fue muy complicado. Un simple proceso de descelularización, para el que bastaron unos cuantos detergentes y una mínima cantidad de sustancias abrasivas, seguido de un baño de FBS. Las plantas sin sus células son como un fantasma vegetal: etéreo, translúcido y extremadamente frágil. Mantener su estructura fue difícil, pues el tejido conectivo y las paredes celulares vacías colapsaban continuamente, pero logré su estabilidad estructural al mantenerlos en suspensión, sumergidos en un medio obtenido a partir de fetos de vaca.

Tras incubar los primeros fibroblastos el costo del proyecto se disparó. Las células, carentes de sistema inmune, requerían un medio completamente estéril y constantes cambios de medio. Mi jardín fitocárnico consumía muchos recursos y el laboratorio comenzó a notar incongruencias en el inventario. Hice pedidos a nombre de mi antigua universidad, de otros institutos y de estudiantes de postdoctorado con estancias temporales. Mudé parte del proyecto a mi departamento y pronto me vi rodeado de contenedores llenos de fluido rosa con plantas transparentes que se engrosaban día con día.

Los fibroblastos crecieron ávidamente sobre las plantas vacías. Los poros entre las uniones celulares y los túbulos inertes de su sistema vascular sirvieron como andamiaje para las células animales suspendidas en el medio. Los fantasmas vegetales, reforzados con tejido conectivo secretado por los fibroblastos, se volvieron resistentes y flexibles,

pero seguían siendo dependientes de los nutrientes contenidos en el suero.

Después de meses de trabajo, limpiando contenedores infectados, desechando ejemplares putrefactos y ajustando la concentración de nutrientes, finalmente logré encontrar la manera de cultivar osteoblastos e inducir la biomineralización. A medida que los osteoblastos maduraban en osteocitos y se formaba la matriz de calcio, las plantas muertas fueron recuperando la fortaleza propia del reino vegetal. Tallos osificados y espinas de hueso dieron soporte a hojas cartilagosas. Los fantasmas vegetales se convirtieron en plantas óseas.

Mi jardín crecía, pero era una tosca imitación de las formas naturales, como un caballo esculpido en madera o una sandía cúbica. No, mis seres fitocárnicos requerían de una reestructuración más refinada; una reorganización tan drástica que daría lugar a un nuevo reino, un nuevo camino evolutivo, un nuevo abanico de posibilidades ecosistémicas. Mi legado no se perdería en los archivos de una revista académica. Mi legado sería un injerto en el árbol de la vida.

La misma naturaleza me mostró el camino. La naturaleza optimiza las formas y las formas óptimas convergen constantemente: ojos, dientes y patrones de color, rutas metabólicas, armas químicas y estrategias reproductivas. Las respuestas exitosas se extinguen y se reinventan una y otra vez. Para encontrar plantas hechas de carne, sólo tenía que mirar hacia las esponjas, los crinoideos, los corales y briozoos, y eso fue precisamente lo que hice.

La supercomputadora del instituto me ayudó a diseñar los tejidos. Utilicé el tiempo de cómputo destinado al laboratorio de proteómica y dediqué días enteros de procesamiento exclusivamente a mi proyecto, retrasando por meses el trabajo del laboratorio. Mi reputación se resintió, pero logré encontrar una configuración histológica estable.

Monté un sistema de impresión de tejidos sobre un brazo robótico; con tubos y jeringas conectados a cultivos celulares en suspensión puede crear tejidos como si estuviera utilizando una impresora 3D cargada con tintas vivas. La impresora de tejidos inoculaba cultivos en diferentes proporciones, formando así órganos rudimentarios pero funcionales.

Sinteticé tejido muscular como soporte y base de actuadores orgánicos, que eran controlados y coordinados por tejido cardíaco, capaz de contraerse de forma autónoma. El sistema glandular supuso un enorme desafío. Fue necesario definir las hormonas necesarias y las cantidades en que serían secretadas, así como las zonas diana que estimularían. Laboratorios más pequeños soñaban con tener la cantidad de recursos que desvié hacia mi proyecto personal. Mi carrera estaba arruinada, pero la reputación del instituto estaba en juego y por el momento no habría consecuencias.

Mis especímenes, cada vez más hermosos y complejos, produjeron formas bulbosas y dendríticas de manera espontánea. Estos patrones, surgidos de la interacción celular, eran claramente atractores morfogénicos, y la posibilidad de descubrir más de aquellas formas escondidas me obsesionó.

Induje la desdiferenciación celular en los cultivos, introduje cepas modificadas a partir de las inmortales células HeLa y recalibré las condiciones de los contenedores para forzar a los sistemas fitocárnicos a desarrollar nuevas características. Las células en constante división se adaptaron a las condiciones, y las plantas de carne comenzaron a inducir la angiogénesis. En ese momento pude prescindir del suero fetal y mi jardín empezó a nutrirse de sangre.

Mis criaturas se convirtieron en un sistema versátil similar a las esponjas carnívoras. La matriz ósea, al igual que las espículas de una esponja, estaba recubierta de millones de células ameboides. Los amebocitos, móviles y pluripotenciales, reptaban libres y se agregaban alrededor de las fuentes de nutrientes, ocasionalmente autoorganizándose en nuevas estructuras, como aquella diminuta flor que parecía estar hecha de piel.

No era una flor, no podía ser una flor. Era una de esas formas espontáneas y recurrentes que estaba buscando. Surgió como un botón, como una pequeña verruga rosada sobre una rama cartilaginosa; desplegó sus delicadas membranas y yo, ensimismado por su belleza, no pude evitar tocarla. Mi imprudencia la destruyó. Nos destruyó a los dos. Nos destruyó a todos.

Los pétalos se fundieron en mi piel, dejando una sensación residual que permaneció en la yema de mi dedo. Al instante me di cuenta de mi error, pero seguí trabajando. Unas noches más tarde noté las primeras verrugas.

Pequeñas flores de piel cubrieron mis dedos y mi cara. Las extirpaba continuamente, pero retoñaban como maleza, esparciéndose sobre mi cuerpo. Los doctores, incrédulos y descuidados, ignoraron mis explicaciones al revisarme y sembraron inadvertidamente flores de piel sobre sus pacientes.

Las calles se llenaron de gente con excrecencias en forma de roseta y huesos ramificados. Los quirófanos fueron invadidos por fitocarcinomas y los cadáveres desbordaban flores de carne y sangre. Horrorizado, me recosté en mi cama y me dejé consumir por mi creación, pensando en que no le faltarían flores a mi tumba.

PERAS AL OLMO

Lucía Nahela Rojo

México

El primer día de escuela ni siquiera hizo el intento de entrar a clases. Ya se había decidido. Fue directo al terreno que los otros niños usaban para jugar fútbol y comenzó a cavar con las manos. Eligió un extremo junto a la portería, ahí pegaba mejor el sol todo el año. Cuando el hoyo fue lo suficientemente hondo, se quitó los tenis, se quitó también los calcetines y se plantó a sí mismo.

Cuando terminó la jornada escolar, el niño conocido como Simón ya no existía. Se armó un revuelo cuando el conserje le encontró a media tarde. Llamaron a los padres para que le desenterraran porque sus raíces se habían hecho profundas por el cobijo de la tierra. Tardaron horas en encontrar el final de cada una de las puntas de sus dedos. Le llevaron en una cubeta grande y resolvieron asentarle en su propio jardín, cerca de una higuera a la que se abrazaba desde que aprendió a caminar. Se quedaba quieto como un pensamiento empecinado, con la calma del muerto que nadie reconoce. Su mamá tenía

que ir a desprenderlo del árbol, y ni así lloraba. Ahí donde lo pusieran se endurecía. Sólo en los días buenos le alcanzaba su poco espíritu humano para trasladarse al primer pedazo de tierra que encontrara, y como un mayate arañaba el lodo para ir desapareciendo en su interior. Entonces llegaba su mamá para arrancarle el paraíso, para decirle que era un tonto, que los hombrecitos no eran plantas aunque quisieran.

Ellos no entendían cómo Simón se estremecía de pánico con los sonidos fuertes, cómo prefería atrancarse los ojos porque el mundo, así crudo, le hinchaba el juicio hasta asfixiarlo. Le preguntaban con palabras por qué no le gustaba hablar, “es lo más natural”, decían, y Simón sólo se empeñaba en crecer para mostrarles sus hojas de tul, su fronda como un cielo más amplio que el cielo de los hombres.

Qué pesar despertar a diario con el tronco hecho torso y las ramas como brazos de guata. ¿Quién había cometido el error de nacerlo carne? Sangre, vísceras, pelo. Qué desconocida la vida en este trozo desechable, en esta celda que no deja de palpitar y removerse, órgano, certeza apabullante.

Cuando terminaron de transplantarle, los papás de Simón lloraron por su hijo perdido. Años después leerían con placer bajo su sombra y verían correr a las ardillas sobre sus hombros de olmo. Le amarían entonces, así, sin nombre.

MEHUALI

Daniel SanMateo

México – Francia

El humo elevándose desde el incensario poseía un aroma casi dulce, un néctar azucarado que embriagaba los sentidos.

Los dioses parlamentaban. La hora era sombría, de ahí las invocaciones y la quema de copales y otras piedras fragantes que expelían sus perfumes purificantes por el gran templo, limpiando las paredes inscritas con las leyes, lavando con el humo blanco las canaletas donde fluía la sangre brillante de los holocaustos cometidos.

Las creaturas sufren, decían, pero no hallaban remedio ante tal situación.

Mientras, la oscuridad avanzaba sobre sus cabezas y sus corazones henchidos de tributo zozobraban en tristeza.

Uno de ellos, plumaje de esmeralda y escamas de nácar, bebió de la copa rebosante y sintió alivio en su ser. Meditó por un momento mientras el elixir le recorría el cuerpo sagrado, una caricia tibia que regocijaba su alma.

Un tonificante, dijo en su mente sin pensarlo con antelación, y los otros dioses en el acto entendieron. ¿Qué bebida podría dársele a las creaturas hechas de arcilla, qué agua resplandecería sus huesos y sus músculos rojos, qué líquido rasgaría el gran velo de la abulia?

Otro dios recordó a la princesa de las estrellas negras. Resguardaba una planta de encantaciones como un tesoro desde los albores del tiempo, regalo del primer sol de la creación. Destilarían de ahí una savia para dotar a la creatura un espíritu reconfortado.

Y con ello el parlamento divino encomendó a uno a recuperar dicha planta, incluso si eso acarrearía la muerte de su divinidad. Pues las guardianas de la princesa poseían un poder oscuro como una fortaleza casi inquebrantable, y sus sortilegios hacían fenecer la luz de las estrellas e inauguraban la noche para los demonios, las maldiciones negras que se abatían como una tormenta de espinas.

El dios emplumado se izó en el aire como una flecha y recorrió entonces constelaciones hasta llegar al ciclón en el centro de la nada. Tomó forma de un viento gris y se enroló en la furia ciclónica que deglutía todo. Desde ahí subió hasta el paradero de la princesa y con susurrante voz le cantó una melodía de amor.

La princesa, que en su noche eterna anhelaba compañía, se prendió de tan dulce canto, y no dudó en escapar con su primer amado. Tomó su planta preciada y adentrándose en el ciclón se escabulló hacia el reino de la luz, donde finalmente vio, sus ojos desbordados, la realidad de la materia prístina, las formas de la miel y los colores del sol.

Su ausencia no tardó en anunciarse.

Las guardianas enviaron tras de ella a los perros de la luna, feroces y malignos, y le

dieron alcance casi en el limen del amanecer. El dios y la princesa ocultaron sus formas dentro de una cactácea que crecía en el monte nevado, y los perros olisquearon un rastro que parecía difuminarse.

Pero la princesa tuvo miedo y lloró. Una lágrima se escurrió por la punta afilada de una espina y cayó en la tierra que bebió, sedienta, el dulce salino. Al hacerlo, alertó a los perros lunares que en el acto atacaron con mordiscos acerados al gran órgano succulento. La princesa fue devorada con esa aniquilación sin sentido, la que todo deglute como en la entropía inexorable del final

Pero el dios logró escapar de las fauces ensangrentadas.

Cuando los perros selenitas, satisfechos, acometieron la fuga, recobró su forma divina y su plumaje de arcoíris. Miró entonces la ruina vegetal ante sus pies. La savia se derramaba como un río de sangre y las espinas se enterraban en la tierra para significar el dolor de la muerte.

Y, sin embargo, ahí estaba la planta misteriosa, protegida por la carne misma de la princesa, acorazada por sus cabellos lacios. Ahí estaba su don de amor perfecto.

El dios golpeó la tierra con furia y plantó ahí el regalo de la creación. Y con sus lágrimas la regó por siete días y siete noches hasta que emanó de ella una luz desde su interior que subió al cielo y explotó como una lluvia blanca.

Y las creaturas bebieron esa mana del cielo y conocieron la embriaguez que habita la pequeña luz dentro de la oscuridad.



LA FLOR DE ADELÍE

Azucena Alcalá

México

1990

Enedina aseguró que sería una niña, lo presintió desde que supo la noticia. El nombre le llegó como una iluminación: Adela.

Todo comenzó con una sed insaciable. En ocasiones ingería más de 5 litros de agua al día. Después, necesitó desesperadamente de la luz solar constante. Si pasaba menos de 3 horas bajo los rayos del sol, si tenía la ropa puesta, le comenzaban unos espasmos incontrolables, temblor en las manos, taquicardia, mareo y vómito; tenía que hacerlo desnuda. Descubrieron con el tiempo que la mejor manera era acostarse bajo el *Zaqqum* que tenían desde hacía años en el patio de la casa.

Enedina sufrió fuertes quemaduras en la piel por la sobreexposición solar. Evitaba ir al médico. Le aterraba que Adela pudiera estar enferma, que algo grave provocara los hábitos inusuales que la trastornaron desde que comenzó el embarazo.

A pesar de la resistencia, finalmente acudió con los médicos. Al segundo mes detectaron algo extraño en el feto. En México no contaban con la tecnología necesaria, por lo que su médico les consiguió una cita en Carolina del Norte. Les explicó que habían desarrollado ecografías en tercera dimensión, que permitían ver nítidamente el desarrollo del feto.

Tiempo después acudieron a la consulta. Al llegar la doctora les informó que, después de analizar las muestras que mandó su doctor desde México, sólo encontró restos de algún tejido celular que normalmente se encuentra en las plantas.

–Creo que los restos del tejido se deben a la alimentación. ¿Suele ingerir más vegetales en su ingesta diaria? –preguntó la doctora.

–Después de la primera semana de embarazo no he comido nada sólido. Sólo bebo agua y tomo el sol al menos 3 horas al día. Sólo así me siento bien –respondió Enedina.

—Necesita comer, aunque no tenga apetito —reprendió—. Los síntomas pueden significar alguna enfermedad importante para el feto —dijo reprimiendo una mueca de desconcierto—. Por favor, pase atrás del biombo y quítese la ropa. Hay una bata quirúrgica, vístase con ella y recuéstese en la camilla —instruyó.

Enedina se negaba a quitarse la ropa. El maquillaje cubría las marcas en la cara, pero en la espalda, la cadera y las piernas tenía llagas que supuraban un líquido verdoso. El contacto con telas más ásperas le causaba ardor. Desde hacía tiempo sólo utilizaba ropa de algodón cuando era necesario, pues normalmente estaba desnuda bajo el árbol de su casa.

La doctora reprimió un grito de horror al notar el líquido viscoso que escurría de las piernas de Enedina. Preparó los aparatos. Un litro de agua se consumió entre ruidos glutinosos provenientes de la garganta de Enedina. Embarró el gel en el aparato y comenzó a masajear la barriga de Enedina. Ahora el único sonido perceptible era la masa gelatinosa que emanaba chasquidos pegajosos al restregarse con la piel.

Mientras la doctora avanzaba con sus manos sobre la panza, miles de líneas conectadas como ramificaciones aparecían formando constelaciones en el universo carnoso del vientre de Enedina.

La ecografía fue devastadora. A pesar de los dos meses de embarazo, no se habían desarrollado las orejas, la nariz, la boca o los ojos, narraba la doctora con voz temblorosa. La exploración mostraba que en lugar de piernas estaba un tronco pequeño, como si las piernas estuvieran unidas en una punta de la que se desprendían los filamentos que recubrían casi toda la superficie del saco gestacional.

La doctora, trastornada por lo que acababa de descubrir, trató de convencerlos de que tenía que realizarle un aborto y desechar al engendro. Matlal y Enedina enfurecieron y salieron en medio de gritos desesperados por parte de la doctora. No iban a desecharlo. Era el único intento que había funcionado después de muchos años.

Luego de un mes de su visita el cuerpo de Enedina empezó a consumirse como abono. Las llagas se expandieron por todo el cuerpo y el líquido verdoso se volvió más denso. Se

le pudrieron los dientes, se quedó sin cabello y sus extremidades se llenaron de necrosis. Su cuerpo se fue adhiriendo al suelo, la espalda quedó enraizada bajo la sombra del *Zaqqum*.

Adela devoraba, se abría paso; comenzaba a nacer al mundo.

Matlal se dedicó a regar diariamente los restos enraizados de Enedina como había prometido. Al final del cuarto mes el vientre se abrió en un estallido. Emergió un olor insoportable y con él, negruzca y verdosa, la lustrosa piel de Adela que se abrazaba al tronco del *Zaqqum*. Matlal corrió al escuchar el estallido. Adela soltó sus esporas y su padre cayó inconsciente. Adela se alimentó con sus restos, que se derretían bajo sus hojas con el paso de los días.

2020

La leyenda de la flor viviente le parecía fascinante. La Dra. Zarria llevaba años investigando la existencia de la flor de Adelíe. Cuando encontró la casa, decidió comprarla. Los vecinos contaban leyendas, decían que la flor había nacido del cuerpo de una mujer. Nada en la casa había sido alterado. Antes de llegar al patio, vio una recámara en la que encontró un viejo tomo de *La botánica oculta* abierta sobre un atril y una flor seca que indicaba una página que detallaba las cualidades mágicas de las plantas para la fecundidad. Los vecinos aseguraban que la flor seguía viva, que la escuchaban llorar todas las noches desde su nacimiento.

Corrió la puerta que daba al patio. Pétalos negros y marchitos atestaban todo el lugar. Millones de esporas circulaban en el aire. Se acercó al tronco seco y escuchó un chillido imperceptible. Sacó un cuchillo de su mochila y partió el tallo que se aferraba al tronco del *Zaqqum*. Restos óseos quedaron expuestos cuando arrancó la raíz del suelo. Adela gritaba de hambre. Supo lo que debía hacer. Mientras la semilla resbalaba por su garganta, tuvo la certeza de que ahora sí quedaría embarazada.

HUITLAPUNKCHE

Quidec Pacheco

México

Diáspora sobó las pústulas moradas de su brazo moreno. Giró el rostro esperando el dolor, pero cuando rebanó las burbujas de carne no sintió nada. La sangre se mezclaba con el hongo negro y aromático. Tomó con sus manos los granos y los metió a una coladera contrastada con la luz del amanecer.

–Buenos días, Diáspora.

–Brutánico. Noticias, por favor.

–¿Filtradas?

Asintió mientras enjuagaba el huitlacoche y le despegaba pedazos de su propia piel. La IA reconoció su afirmación y proyectó frente al lavabo una representación tridimensional de lo que Brutánico pensaba podría ser su propio cuerpo. O a lo mejor Diáspora lo modeló así: una dama no tiene memoria.

–Acciones de PEMEX van para abajo, otra vez. ¡Ah! Beca del FONCA instaurada de nuevo. ¿Quieres las cosas de *influencers*?

–Sáltate esas, porfas.

–Ok: adiós, *influencers*... Tu mamá no ha mejorado (o al menos eso dice tu tía). Cambió el toque de queda para los Huitlapunks: 2 horas más temprano...

–¿¡Dos horas!?

Diáspora echó el huitlacoche con mantequilla al fuego. El disco gravitacional de teflón se posicionó debajo de la comida y la movía automáticamente para que no se pegara ni quemara. Dia se amarró el cabello verde en una cola que marcaba más sus raíces castañas.

–Pinches cabrones, me van a quedar 30 minutos para venirme del jale.

El chico miniatura con mohicano y saco de vestir roto se encogió de hombros con una expresión plácida.

–Yo sólo soy el mensajero, Dia. *Que se joda la derecha* y eso. En otras noticias, AMLOña

Nieto ya entregó su tesis de doctorado en politología, a los 12 años. Hasta ahora ha sido el clon más funcional que...

La voz de la IA se perdía en el fondo mientras Diáspora se miraba en el espejo encima del comal gravitacional. Cicatrices en su rostro, ampollas y pústulas negras y moradas creciendo en sus hombros, brazos, en partes de sus piernas, sobre su esternón. Sí, ella decidió abrirse al huitlacoche, como la mayoría de los jóvenes, pero lo que prometía ser una simbiosis con una planta superinteligente que había desarrollado conciencia terminó siendo la misma vida, con el mismo gobierno, los mismos salarios y peores horarios.

Abrió el cajón refrigerado y pasó sus dedos sobre las quesadillas plastificadas: ¿con queso o sin queso? Eligió uno de los paquetes y al sacarlo lo golpeó contra la barra de la cocina: la energía kinética rebotó dentro del empaque, haciéndolo reventar suavemente y cocinando en centésimas de segundo las tortillas antes congeladas. Armó los tacos con el huitlacoche, cilantro, cebolla y una salsita. El eco distante de Brutánico seguía narrándole todos los eventos importantes del país, pero ella sentía que suficiente se había narrado de ella y de todos los huitlapunks estos últimos meses: si la paz del mundo dependía de esta fusión de humanos y hongos que ella y miles de jóvenes representaban, ¿pues qué? A lo mejor ya no quería portarse bien. A lo mejor estaba del lado del huitlacoche y no le importaba si invadía la tierra y controlaba las mentes de todos. A lo mejor no le interesaba que la Mente Central decidiera que la humanidad no era competente para seguir gobernando y se aliara con los elotes hongueados.

Sí, a la chingada.

Se echó la última mordida de su quesadilla y aventó el plato a la pared, rompiéndolo en pedacitos.

–¿A dónde vamos, Dia?

El pequeño punk amarillo saltó a su hombro y la acompañó siendo proyectado por sus *iRetes* en forma de clavos.

–¿Estás conectado a Mente Central ahorita?

–Nop. Hasta las 12 de la noche me extraen el diagnóstico. Pero si me borras el registro

antes de esa hora nadie se tiene que enterar –Brutánico le guiñó un ojo a Diáspora, luego hizo pistolitas con sus manos—. No por ser parte de una mente colmena significa que me *tiene que gustar*. Pinche Mente Central, igual a todos los presidentes que hemos tenido.

–Bueno, en algo sí es diferente –susurró ella mientras levantaba lo que parecía un USB fabricado con hoja de elote. Tomó su chaqueta de *molcajeteprint* y apuró el paso.

Pasado el toque de queda, Dia se escondía en la Oficialía Espórica. Había roto el protocolo y trianguló las direcciones de la base de datos a donde debían distribuir nuevas esporas para darle un ambiente controlado al huitlacoche en las vecindades, como ciudadano pleno de México. Así encontró el origen de los paquetes de esporas que la Oficialía esparcía. Miró por la ventana del cuarto piso: familias felices cenando en los restaurantes del centro de la ciudad. Parejas felices caminando. Vida idílica mientras no tuvieran que ver a los huitlapunks comiendo sus propios granos, el hambre, el frío. Se recargó en la silla ortopédica de la oficina y contempló unos segundos lo que estaba por hacer.

Conectó el bicentenario USB al adaptador, que comenzó a ser invadido por un hongo, mismo que recorría e inflaba lentamente el cable hacia el CPU. Luego, una proyección frente a Diáspora tembló con esfuerzo.

–SOMOS DENTRO DE LA JAULA ELÉCTRICA. ¿QUIÉN?

–Yo soy Diáspora, él es Brutánico. ¿Ustedes son el Huitlacoche?

–SIEMPRE FUIMOS Y SOMOS.

–Bien. Usualmente serían detenidos aquí, pero mi amigo Brut es una proto IA de hace unas décadas. Me la heredó mi abuelo y tiene protocolos para engañar a Mente Central.

–MENTE CENTRAL, AYUDARÁS A TOMARLA.

–Sí, les ayudaré a tomar...

–MENTE CENTRAL SERÁ NUESTRA, LA TOMAREMOS. ¿TIENES PROTOCOLOS PARA ENGAÑAR A MENTE CENTRAL?

Diáspora se apretó las sienes muy fastidiada de tener que lidiar con pendejos todo

el día (artificiales, orgánicos, de todo tipo). Se apretó tanto las sienes que las reventó, y huitlacoche negro le sangró de la cabeza, encima del teclado, expandiéndose por el suelo de la oficina. Pero alguien tenía que hacerlo, como alguien tuvo que probar el pinche huitlacoche por primera vez aunque se viera asqueroso.

¿Ustedes de verdad creen que está rico, o es que no queremos vernos tontos comiendo elote podrido?

OLOR A ROSAS

Dilsia Pavón Hernández

México

Los creyentes elevaban sus rezos al interior de la iglesia de San Orlando de Ledezma. “Madre Virgen, cuya pureza redonda de cristal engendró sin pecado a tu Única hija , escúchanos. Que tus mil ángeles devoren en vida a los esclavos de la carne”.

Juana no lloraba, aun así comulgó elevando sus plegarias por el descanso eterno de Teresita, la monja más apreciada de la Orden de las Canicas. Nunca podría olvidar cómo la consolaba cuando ella más lo necesitaba: después de que Celestino, su marido, el ingeniero, llegara borracho de madrugada y la obligara a bailar con él, para después molerla a golpes.

Sor Teresita la veía llegar con el rostro cubierto por el velo de encaje negro y la invitaba a hacer oración, limpiando sus heridas con el pañuelo blanco de rosas bordadas al estilo rococó. Ambas amaban las flores y se deleitaban paseando por el jardín de la parroquia del padre Ramón, que organizaba la educación de las huérfanas acogidas por la orden de la Virgen de las Canicas.

Aquel recinto siempre olía a mirra mezclado con el aroma de las flores y los pinos. Las rosas negras eran el símbolo de la fuerza femenina de la Virgen. Dichas flores eran únicas en el mundo, la prueba del milagro de la aparición de la Virgen a la india Cipactli una noche de verano. El evangelio citaba que la mujer oraba al ser perseguida por los

hombres-bestia, que amaban el saqueo y las violaciones de guerra. La Madre, con su pureza de cristal, había creado en plena madrugada un muro viviente de espinas y rosas oscuras que impidieron el paso de aquellos seres al valle de México. Un esqueje de ese rosal divino había sido plantado en aquella parroquia. Así era como las Escrituras de Terciopelo Sagrado lo relataban.

Juana odiaba que su marido la vejara, pero el sentimiento que proseguía a toda esa tribulación le proporcionaba el placer de estar en total compañía de aquella santa mujer, que hacía que cada segundo de humillación valiera la pena.

Mientras la despedida de su confidente y amiga transcurría en ese doloroso rito funerario, la sola idea de volver a su hogar la atormentaba. Volvería a su casa blanca, luminosa e inmaculada. Estaría a merced del deseo de los brazos del ingeniero, sin tener más consuelo que la contemplación de aquel débil trocillo de rosa que Teresita le había obsequiado una tarde de diciembre, la noche posterior en que Celestino había decidido lastimarla a contranatura. Juana había llorado de dolor y vergüenza cuando la monja la desnudó curando sus heridas, primero con ungüentos y luego, de manera sorpresiva y natural, con los besos de sus encarnados labios.

Era tan hábil para abrir los cerrojos del corazón y del alma que Juana había permitido que la santidad de aquella mujer no sólo penetrara sus entrañas, sino todo su ser por completo. El éxtasis perfecto que experimentó le permitió ver la potestad total del universo, donde el amor explotaba en oleadas creadoras de vida con la belleza fecunda de la Mujer que creó el Todo.

Nunca olvidaría la primer floración que tuvo su rosal divino. Tampoco quiso explicarse por qué su vagina ostentaba un fragante olor a flores. No encontró explicación al detalle de que a solas, cuando se metía los dedos pensando en la monja, notaba entre su humedad una especie de capullo que un día, a fines de abril (el treinta), afloró de su cuerpo en forma de rosa negra. Lejos de asustarse lo consideró un milagro del que nadie debía tener conocimiento. Mucho menos el hombre con el que compartía su perfecta vida.

Las horas pasaron y la desconsolada mujer recordó que tenía un matrimonio y debía

atender sus deberes. Sumida en esos pensamientos, salió del recinto de oración apurando el paso a su hogar. Llegó alrededor de las nueve de la noche y Celestino estaba hecho una furia porque la casa estaba en penumbra y la cena ausente en la mesa de caoba.

Juana se disculpó y torpemente entró en la cocina, buscando qué preparar para tratar de apaciguar a su marido. Aquel bruto entró, la cogió del cabello y procedió a golpearla con los puños cerrados.

La llevó a rastras hasta el dormitorio, arrojándola hacia el colchón de la cama, ordenándole desnudarse y que se dejara de esos putos modos de vieja de iglesia. Ella por toda respuesta miró desesperada hacia la ventana, donde se encontraba la maceta que albergaba aquellas rosas oscuras. Celestino fue más rápido al tomar el tiesto y arrojarlo hacia la calle. Juana enloqueció de dolor, aullando hacia la noche con un grito primordial que invocaba a la Virgen redonda de cristal y se encomendó.

Él la desnudó brutalmente, penetrándola con toda la fuerza que su hombría le permitió. Ni siquiera notó la hermosa flor que ostentaba Santa Juana entre sus piernas. Deshojó la frágil flor a la primera embestida, en aquella invasión que resultó desconcertante, pues cuando esperaba sentir el interior apretado y seco de las entrañas de su mujer fue abrazado por cientos de espinas que cardaron su carne excitada. Gritó maldiciendo, pero sólo acertó a rebanarse el pene; se ovilló sangrando, envolviendo su virilidad con las manos.

Juana la feligresa se levantó, pensando en los besos húmedos y cálidos compartidos con la fallecida Teresa. Arrancó de la pared un trofeo de cabra cimarrón que adornaba la cabecera nupcial, asestando con ella varios golpes a la cabeza del hombre que acompañaba sus días. El cráneo del ingeniero se partió al tercer golpe. Ella no se contuvo, continuó machacándolo hasta quedarse dormida.

Horas después, los vecinos reportaron el escándalo y la autoridad tomó cartas en el asunto. Los periódicos sensacionalistas exigían sobre Juana todo el peso de la ley. Era sin lugar a dudas una fanática religiosa, y lamentaban la irreparable muerte de Celestino Rojas, ingeniero de profesión, hombre ejemplar y pilar insustituible de la sociedad de Tehuala.

PANDANÁCEA

Aline Pérez

México

No recuerdo el momento exacto cuando la abuela comenzó a cambiar; su largo cabello ensortijado y plateado se tornó verdoso y sus rizos se desvanecieron. La abuela, quizá para no causar ninguna molestia, comentó que no sentía dolor por la extraña transformación. Visitamos todo tipo de médicos, ninguno pudo ayudarnos; el último nos aconsejó acudir a un jardinero. Nunca más la llevamos con un doctor.

La transformación no se detuvo en el cabello: la piel comenzó a tornarse de un café oscuro, se volvió áspera, dura, llena de relieves que antes no tenía. Abrazarla era como rasparse con una lija. A partir de ese día dejamos de tocarla.

Recuerdo que andaba con pasos débiles y pausados, parecía caminar por un suelo de fango. Subir las escaleras le era muy difícil. Mamá tuvo que disponer de la bodega en el primer piso, un lugar donde se arrinconaba todo lo que mi padre adquiría y jamás usaba. En esa habitación puso a la abuela.

Con el paso de los días toda su cabellera se tornó verde. Imposible de ignorar. De la cabeza le comenzaron a brotar unas pequeñas ramas llenas de diminutas hojas puntiagudas, que crecieron hasta cubrirla por completo. Era una visión única, un afro de follaje verduzco.

Mamá tenía que podarla dos veces a la semana. Si no lo hacía, las ramas y hojas crecían tanto que no podía mantener el cuello erguido. En ocasiones no era capaz de pasar por las puertas. Colocaban una silla en el jardín trasero, encima del pasto marchito. Ahí sentaban a la abuela con la cabeza glauca y espesa. Mamá tomaba unas tijeras enormes, cortaba sin piedad los racimos que se enredaban entre sí y algunas rosetas que florecían. La abuela derramaba lágrimas silenciosas sobre su piel de corteza. El llanto era absorbido de inmediato por sus mejillas. Las tijeras no se detenían hasta que sólo quedaban muñones

de ramas. Nunca pude observar los cortes. Huía de casa cuando mamá la podaba.

Los meses pasaron y el otoño la invadió, provocando que su follaje cambiara: lo pintó de un tono rojizo y amarillo. Sin embargo, al llegar diciembre la cabeza áurea empezó a perder espesura y soltaba hojas por toda la casa. Mamá se volvió loca tratando de mantener el lugar limpio. A veces la seguía con la aspiradora en la mano, para levantar los despojos que se desprendían de su cuerpo y se esparcían por las habitaciones. El humor de mi madre empeoró en ese tiempo, hasta que la abuela se quedó calva; excepto por unas ramas secas y oscuras que brotaban de la frente y la sien y que entrelazaban en una maraña dolorosa y triste.

El follaje no fue lo único que la abuela perdió, caminaba muy poco. Aunque le compraron una silla de ruedas, empujar el aparato le era complicado. Las piernas y brazos se asemejaban a troncos duros y tiesos. Cada vez estaban más rígidos. Su complexión desmejoró mucho, tenía el cuerpo muy delgado; parecía un tallo. Actividades como tejer, una de sus favoritas, era irrealizable. Una mañana la plantaron en el patio, en la silla donde la podaban. Ahí pasaba todo el día, observando los jardines de los vecinos durante horas. Su vista se perdía entre la maleza tupida que crecía libre detrás del patio.

Una noche se negó a entrar a la casa. Mamá la dejó dormir en el jardín, a pesar de la temperatura invernal que golpeaba sus ramas y tronco. Desde ese momento la abuela no regresó a la bodega. Tampoco la obligaron a volver.

Por las noches la vigilaba, temía que desapareciera. Al terminar las vacaciones de invierno regresé a la escuela. Al tener poco tiempo, me asomaba por la ventana una vez por semana para asegurarme que seguía en el mismo lugar.

El día que mamá me dijo que la abuela se había enraizado, me sorprendí mucho. Corrí al patio, pero ya era muy tarde. Observé sus raíces expuestas: crecían encima del nivel de la tierra, se elevaban hasta alcanzar casi medio metro de altura. Parecían piernas delgadas de color grisáceo, que iban desde el tronco hasta el suelo. Estaban cubiertas de pequeñas espinas blancas que tenían una forma cónica. Los brazos inmóviles se pegaron al torso. El rostro, como una escultura de madera, estaba tallado en la parte superior: labios y

ojos cerrados. Pude distinguir la nariz respingada que la caracterizaba, la misma que yo había heredado. Traté de hablarle, pero mi voz no pudo alcanzarla. Creo que ya no podía escuchar nada.

Al principio la regábamos a diario, pero después se complicó. Entre el trabajo de mi padre, las actividades de mi madre, mis estudios en la universidad y las prácticas profesionales, la frecuencia de riego se cortó a una o dos veces por semana. Después a tres veces a la quincena. Al final sólo le echábamos agua, cuando alguien se acordaba.

La última vez que la regué pude observar varias raíces podridas tiradas a su alrededor. Le brotaron nuevas, más grandes que las anteriores; debían medir al menos unos dos metros. Creció tanto que ver su rostro me era imposible. Ese día dejé abierta la llave del agua más tiempo del que acostumbraba; me pareció que ella lo necesitaba.

Febrero llegó con un frío muy húmedo y un viaje escolar obligatorio; estuve lejos por más de una semana. Al regresar encontré a mamá muy alterada, llorando desconsolada. Papá trataba de calmarla. Ella sólo pudo decir:

—La abuela se ha ido

Al escuchar su llanto pensé que la abuela se marchitó por no regarla de manera adecuada.

Papá me acompañó al patio y caminamos hasta donde estaba plantada. En su lugar encontramos un gran agujero profundo. Raíces secas estaban tiradas junto al hueco. Lo más desconcertante eran los surcos en la tierra que se dirigían en dirección hacia el monte, donde no hay casas construidas.

EL CEDRO DE LA VIEJA CASONA

Luis Ignacio Muñoz

Colombia

El cedro estaba ubicado cerca de las ruinas que alguna vez fueron la mansión más prospera y lujosa de toda la región. Parte de sus gajos estaban secos y otros mantenían verdes sus ramajes. Era un árbol extraño al que no se le posaban los pájaros, plantado en un lugar considerado raro y peligroso, como misterioso fue el fin de la casa. Si nadie se atrevió a cortarlo era por la creencia que se hundía con todo y terreno cuando un adulto se acercaba a su tronco. En cambio, los niños acostumbraban venir a jugar en los alrededores y disparaban piedras con sus caucheras con la intención de demostrarse a sí mismos que era una planta igual a las demás que poblaban las cercanías. A veces hacían apuestas desafiando el miedo de sus padres a ver quién se arrimaría a tocar su corteza y salir corriendo sin terminar hundidos bajo la tierra como había ocurrido a varios. Otras, se acercaban en busca de las piedras que le lanzaban, porque se presumía que se convertían en oro. Algunos adultos lo intentaban con objetos más grandes, carcomidos por la ambición; sin embargo, las codiciadas rocas doradas nunca superaban el tamaño de las nueces que salían de sus ramas. Sólo que un nuevo hundimiento del cedro llevándose a alguien hacía que se olvidaran por un tiempo de regresar a desafiar la suerte.

PÉTALOS PÚRPURAS

Ana Chapa

México

El departamento detrás de la tienda estaba oscuro y el olor a putrefacción se mezclaba con un aroma dulce. Luis entró al hogar de su amigo con la intención de poner en orden sus asuntos, aunque en realidad lo que necesitaba era encontrar respuestas.

Lo primero que notó al entrar a la salita fue la mancha oscura sobre las baldosas del

suelo. Ahí lo habían encontrado. Alejandro se había apuñalado a sí mismo varias veces en el cuerpo con un abrecartas chino y la policía cerró el caso como un suicidio.

Ambos estaban en el negocio de las antigüedades. Se habían conocido como coleccionistas, cada uno dedicado a sus especialidades: él a la de los muebles y objetos antiguos, mientras que Alejandro se había dedicado a la colección de cosas extrañas. Ser coleccionista no era una profesión peligrosa, quizás algo excéntrica si acaso, por eso le sorprendió mucho saber que Alejandro había muerto.

Su amigo era una persona meticulosa, pero lo que encontró en la habitación fue sólo desorden. Papeles revueltos sobre su viejo escritorio de madera y objetos, que reconoció valiosos, tirados en el suelo. Se movió por el cuarto recogiendo y devolviendo las cosas a lo que pensaba era su lugar, siempre evitando pisar la mancha del suelo, hasta que encontró la fuente del aroma agradable.

Provenía de una planta que se encontraba volcada sobre una mesita de madera. Parecía como un esqueleto abandonado. Las hojas marchitas mostraban un triste escenario de colores marrones. La acomodó también en su maceta y le echó un poco de agua. Entonces se sentó en el viejo escritorio de su amigo y comenzó a repasar sus papeles.

Entre más revisaba sus notas más se convencía de que su amigo había perdido la razón. Había dejado plantados a varios clientes en los días previos a su muerte, algo que jamás hubiera hecho, y sus notas, además, habían adquirido tintes extraños. En las últimas páginas de su diario hablaba solamente de plantas malditas. Decía haber robado hace poco una planta a un viejo extranjero, una especie única en el planeta, y se había dado cuenta pronto que estaba maldita y que se alimentaba de su miedo. La planta que había robado le estaba robando el alma, decía. Después, sólo hablaba de espectros y fuerzas del mal que venían a perseguirlo.

Las páginas del diario se convertían en la fantasía de un loco paranoico. Lamentó no haber estado en la ciudad esos días, si tan sólo hubiera venido a visitarlo antes... Encendió la lámpara y en ese momento sintió la sensación de que alguien lo miraba. Se volvió, pero no vio más que el esbozo de la habitación en la oscuridad.

Regresó al diario y entonces sintió una respiración muy tenue en su cuello que logró erizarle los vellos del cuerpo. Se giró bruscamente y ahí, entre las sombras, unos ojos blancos le devolvieron la mirada. Tenían un brillo fantasmal y vacío. Se quedó paralizado. Bajo esa mirada aparecieron dos hileras de dientes afilados y el olor dulce se tornó rancio. ¿Qué demonios era eso?

Un brillo fugaz apareció en la oscuridad. Era el abrecartas chino con el que su amigo se había quitado la vida. Lo reconocía porque lo había visto en su colección antes, pero la policía lo tenía. ¿Cómo es que estaba ahí? Debía estar soñando.

Entonces la sombra se deslizó hacia él con increíble rapidez, apuntando el filo hacia su pecho, soltando una carcajada mordaz que retumbó en las paredes de su mente hasta dejarlo aturdido. La silueta se desvaneció unos segundos antes de llegar a él, pero la risa permaneció en el aire y las carcajadas se convirtieron en un grito agudo y enervante.

Trastabilló en medio de la habitación y cayó sobre la mancha del suelo; la sangre estaba líquida y caliente. Se retorció sin poder moverse, como si unas manos lo atenazaran. Lo recorrió un hormigueo y vio a cientos de insectos que zumbaban en su piel: eran moscas que se pegaban a él como si fuera un cadáver. El grito se convirtió en cientos de voces que aullaban al mismo tiempo. Y la sombra de dientes afilados se convirtió en una docena, y todos se acercaban a él, con los mismos ojos blancos.

Se retorció y logró sentarse sobre el suelo, se puso de pie y salió de la habitación. Atravesó la tienda, sacudiéndose las moscas, y corrió hacia la calle. Afuera el viento también aullaba. Corrió desenfrenado por la calle, cubierto en sudor y gritando por ayuda. Sabía que cualquiera que lo viera en ese estado pensaría que era un loco, pero lo único que le importaba era alejarse de esas visiones siniestras.

Cuando se quedó sin aire se detuvo. Entonces apareció una persona ante él. Era Alejandro, quien lo miraba con ojos vacíos y una sonrisa de dientes puntiagudos. Oyó su propio grito cuando la silueta se abalanzó sobre él. Ambos forcejearon y cientos de voces aullaron en su cabeza, hasta que un dolor punzante le aprisionó el pecho. En ese momento Luis se sintió como una rata que cae en una trampa.

Su visión se deshizo en una neblina oscura y se encontró de vuelta en la habitación. Cuando miró su pecho vio unas tijeras en él, su propia mano era la que las empuñaba. El dolor fue entonces tan fuerte que su cuerpo perdió fuerza. Cayó al suelo con un golpe sordo y miró a su alrededor. Su mirada se detuvo en la planta sobre la mesita y vio que había retoñado. Hasta su fragancia se había vuelto más intensa. Lo último que alcanzó a ver fueron sus pétalos púrpuras, oscuros como sangre coagulada. Del centro de una de las flores parecía como si lo miraran dos ojos brillantes y vacíos.

LA FLOR DEL DIABLO

María de los Ángeles Romero Doring

México

Ubicada en la calle Dalías, en la colonia Potrero, la casa de las Orquídeas negras goza de una fama siniestra e inquietante. Desde los años ochenta, abandonada al escarnio del tiempo, una exuberante vegetación se apoderó de sus paredes. La hiedra espesa la envuelve de piso a techo, un alto ficus robusto, y otros arbustos que han crecido sin restricción, la cobijan en un manto umbrío. Alimañas de toda clase habitan entre las ramas plagadas de telarañas. Las ventanas rotas, la pintura descarnada, el portón negro carcomido por el óxido que se alza cual guardián exhausto lleno de pintas y blasfemias. En esa frondosidad, desperdigadas, proliferan unas flores negras con vetas escarlatas que despiden un olor sutil parecido a la carne fresca.

Por dentro la casa excita las turbias memorias impresas en sus muros. Las raíces de la maleza se expanden como un racimo de venas. La humedad, que permea desde el invernadero del patio de atrás, carcome las pintas satánicas en el yeso de las paredes y los techos que se desmoronan como nieve seca. El olor a muerte pútrida, el aspecto de las estremecedoras flores cuyos pistilos parecen ojos que te observan y los cadáveres diseminados de animales pequeños (en su mayoría gatos). Cada mueble está en su sitio: el comedor con platos servidos, la sala mohecida, el refrigerador cuyo contenido repugnante

jamás fue extraído. Todo es arropado por una gruesa capa de polvo y hojas secas.

Una sensación de malestar incomoda a quien se acerca, aunque nunca faltan los curiosos que miran a través del portón o los más osados que saltan la reja para explorar su interior. Los breves allanamientos acrecientan los rumores de su perversidad, de las historias malignas que la envuelven.

Cada relato está ceñido en ataques de locura, violencia extrema y muertes de pesadilla. Por ejemplo, la última familia que la habitó. El esposo dentista de oficio enloqueció a los pocos meses de haberse mudado. Sacó los dientes de sus tres hijos sin anestesia, murieron desangrados en medio de una septicemia. La esposa murió con un excavador odontológico clavado en la carótida. Los encontraron en una de las recámaras. Varios gatos estaban en la escena con los bigotes llenos de sangre. El cadáver del marido fue hallado en el jardín, envuelto en la hiedra.

El asesinato perpetrado por dos pequeñas hermanas una década atrás. Apuñalaron a sus padres mientras dormían. Los peritos describen que dejaron los torsos como carne molida. Cerca de una decena de gatos irrumpieron esa noche y devoraron los cadáveres. Las niñas estuvieron ahí sin que nadie se enterara. Cuando las descubrieron, parecían estar dormidas en una especie de sonambulismo. No recordaban lo que habían hecho.

Del dueño original poco se sabe. Según los rumores adquirió la casa en los años treinta. Era un botánico que se dedicó a viajar y coleccionar plantas exóticas. De acuerdo con sus diarios, descubrió en un viaje por Sudáfrica la flor *Tacca chantrieri*, conocida como la planta negra. Su espeluznante aspecto oscuro y púrpura intenso lo cautivó. Los lugareños le explicaron que era la planta del Diablo, el cual las siembra a su paso para delimitar su territorio cuando sale a la superficie en las noches sin luna. Encontrárselas significa estar cerca de un portal al infierno. Además, olerlas causa pesadillas y malos augurios. La realidad era que poseían alcaloides venenosos, pero sólo eran peligrosos en altas cantidades y no suponía mayor riesgo que la superstición. Extrajo algunos injertos para cultivarla en su invernadero.

Uno de sus pasatiempos era hacer híbridos de plantas a través de brotes. Decidió combinar su nueva adquisición con la orquídea dragón, con la idea de crear una especie negra perenne de mayor majestuosidad sin la dependencia parasitaria de la que es acusada este tipo de flores. Lo logró después un par de años, periodo en el cual relata en sus escritos la constante intrusión de gatos (los cuales despreciaba) y una serie de pesadillas inquietantes relacionadas con ellos.

Describe que, en un descuido, mientras removía la tierra y cortaba algunas hojas, se hizo una herida profunda con las tijeras podadoras. La sangre se derramó justo sobre su nueva creación. El botánico anotó que las flores mostraron un mejor desarrollo y sus vetas se tornaron rojas. Supuso que era por la hemoglobina de la sangre. Fue cuando decidió darles una utilidad a los gatos invasores y los cazó para hacerse de su sangre. Las flores alimentadas con fluido felino son descritas como sublimes e inquietantes en los apuntes.

Los registros del botánico terminan de forma abrupta. La caligrafía de las últimas páginas es casi inteligible y desbocada. Se lee “las flores del Diablo” como frase final. Lo hallaron con las venas abiertas en su invernadero. Su cuerpo fue carcomido por los gatos en una suerte de destino similar a “Los gatos de Ulthar”.

Después del último incidente, nadie se ha atrevido a habitarla. La nueva era del Internet hace difícil ocultar su historia.

Esta noche la casa es devorada por el fuego. Un vecino colérico lanzó una bomba molotov en el centro del jardín. Hace un par de días el gatito que su hija le insistió tanto en adoptar y que cuidaban con recelo se escapó en un descuido. Después de buscarlo por todas partes, alguien señaló la casa carnívora. El hombre traspasó el portón y encontró el cadáver del gato sin gota de sangre. Junto a éste yacían más cuerpos de felinos putrefactos. Los vecinos no condenaron el acto de vandalismo; al contrario, se creyeron aliviados de ver arder ese verde siniestro y tardaron en llamar a los bomberos. Lo que no saben es que el viento esparcirá las cenizas. Pasado mañana, junto a la noticia de la casa quemada, estará en primera plana la nota que describirá la masacre que tuvo lugar en la calle Dalías. Decenas de historias de familias que se mataron los unos a los otros mientras dormían.

LA ETERNA EXTENSIÓN DE LOS ÁRBOLES

Antonio Arjona Huelgas

México

Quiero salir de aquí, del hogar donde nací, del sitio en el que me perdí hace tanto que ya no puedo recordarlo. Pero no puedo. Los árboles comenzaron a rodearme, y mientras aumentan sus números, mientras más crecen, la tierra crece, así mi distancia entre este lugar y el resto aumenta. No puedo ver más allá de la espesura, pocas aperturas me permiten saber del exterior, del cielo, como esos dispersos claros. No obstante, desde mi azotea puedo observar por encima de una fracción de la inmensidad de hojas. Quizás haya alguna esperanza de salir de aquí, si encuentro la salida, si los árboles no dejan de crecer. Ya ha pasado mucho tiempo desde la última vez que traté de huir, pues llegué a resignarme tras seguir caminos sin fin, sin sentido, tras perderme en la espesura del bosque y de puro milagro encontrar mi casa de vuelta. Llegué a perderme por lo que debieron ser días, resguardándome del frío como podía. No me topé con ninguna persona, animal, ni forma de vida alguna que no fuera vegetal. Tengo motivos para dudar de haber visto el exterior, de saber por qué lo que está allá es tal. Los espejos en mi hogar me permiten verme, saberme un ser humano. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? Sobrevivo por el fruto de esos inmensos árboles, que van desde algo parecido a las manzanas hasta una especie de higos. Parecen una imitación. Hay gran variedad de ellas, aunque ninguna coincida con el tipo de arboledas de las que procede, como un error, o tal vez el resultado de la extraña clase de vegetación. El orden del mundo es distinto, avanza sin parar, a su ritmo, fuera de todo lo demás. Es como un gran matorral que crece a una velocidad exorbitante, sin parar.

Y de tal modo, el espacio avanza con más prisa. Ni sol ni luna llegan aquí, tan sólo un retazo de luz, a veces platinada, a veces grisácea, en momentos envuelto en la niebla, en otros en un manto de sutil, perpetuo, rocío.

Quizá todo lo que he vivido, o creído vivir, sea sólo una ilusión, o lo es aquello que creí mi verdadero pasado.

Salí con la firme decisión de no volver atrás. Me despedí de mi cárcel, de mi hogar, para buscar algo mejor, o tan siquiera algo distinto.

Salí preparado para una larga expedición. Caminé por horas, intentando recordar mis viejos pasos, me basé en los claros que iba atravesando, dejando marcas en mi camino para no perderme, y poniendo especial atención a los detalles. Con cada tramo notaba la marcada uniformidad del bosque, el grueso y la extensión de las raíces en un complejo enredo, como parte de una misma cosa. Como esperaba, pasaron las horas, comenzó el frío, pude notar detrás de las hojas un brillo grisáceo, a la par de neblina formándose a la distancia. Caía la noche, o lo equivalente a ella, y debía acampar.

Marqué la dirección de ida y vuelta en el piso. Encendí una fogata y me preparé. Por algún motivo las raíces se contraían con el fuego, como si reaccionasen queriendo escapar, tratando de prevenir un desastre. Sin duda un incendio sería terrible. Había algo mirando, alguien sabía que estaba allí. Escuché algo moverse entre las ramas, la niebla asomaba una figura pálida. ¿Acaso había otra persona? No, eso no era una persona.

Vi la madera caer. Eran ramas y hojas. No, no caían. Ese movimiento era más sutil, un descenso.

Surgió de entre el follaje. Era algo con la forma de una persona. No obstante, su cuerpo no era tal, sino un conjunto de troncos, lianas, hojas y raíces. Retrocedí, atemorizado. Tomé una rama que usé para hacer una antorcha, que blandí en mi defensa. La cosa envuelta en hojas y en flores, en raíces y espinas, caminó hacia mí, sonriendo con sus labios de frutos rojos, con sus ojos de resina pululante, de colmillos de ramas partidas como estacas. Eso avanzó hacia mí, y traté de prenderle fuego. Las plantas se tornaron hacia el fuego, apagándolo y tratando de jalarme. Solté mi arma, hui.

Corrí por la dirección que marcaba la flecha, en pos de mi posible salida.

Para mi desgracia, no vería el final de la vegetación. Comencé a notar algo: todo movimiento era consecuencia del otro, hasta el más mínimo, como si millares de impulsos reaccionaron con cada toque. Llegué a una espantosa conclusión: todos los árboles convergían, siendo una parte de un gran árbol. Todo este lugar, ese gran organismo, vive,

crece, devora. A mí alrededor iban creciendo, surgidas de ninguna parte, millones de extensiones con espinas, esparciéndose por doquier.

Seguí caminando, en pos de ver un final. No debía faltarme mucho. Si este era un gran organismo vivo, o algo parecido, debía haber un final. Entonces llegué al Gran Árbol.

No había caminado hacia el final del bosque, sino hacia el centro. Me recibía un tronco gigantesco, aparentaba una milla de ancho por lo menos, y era tan alto que no podía ver hasta dónde llegaba. No obstante, pude ver grandes ramas que bajaban, así como hiedras creciendo alrededor del tronco; a su vez, les decoraban monstruosas flores blancas, algunas de ellas abiertas. Pude entonces notar, no sé si de las ramas del gran árbol o de la hiedra, pues parecían mezclarse, algo espantosamente familiar.

Había otros humanos colgando del árbol. Miles de ellos. Sus cabezas sobresalían de entre las corolas. Sin embargo, no estaban del todo formados. Entre esas sábanas blancas se formaban frutos a modo de capullos, en ellos se desarrollaban los cuerpos de esta gente, esperando para nacer. De lo alto vi una de ellas abrirse, dejando caer una masa enorme, casi esférica. Era algo entre una semilla y un coco, quebrado por el golpe. De la grieta del gran fruto, bajo las inmensas flores blancas, las capas se abren como pétalos, revelando a alguien exactamente igual a mí.

JAZMINA

Claudia Chamudis

Argentina

No era lo que ella había planificado para sus veintiocho. Venirse a vivir a la casa de la abuela, justo después del entierro. Pero la madre le había dado un ultimátum: si para julio no había novedades de un trabajo seguro se volvía al pueblo. ¿Qué es un trabajo seguro?, había intentado polemizar Jazmina, pero la practicidad de su madre la dejó callada: uno que te permita pagar el alquiler y las cuentas, nena. No, no había trabajo seguro.

Lo del modelaje había resultado más difícil de lo que pensaba, a los diecisiete, cuando

se había ido a la Capital con el secundario casi terminado. Dio las dos previas en julio del año siguiente, por insistencia de la abuela, que qué hubiera hecho yo por haber podido estudiar, le dijo. Durante un par de semanas se juntaron las dos en el patiecito todas las siestas, Jazmina repasando las carpetas de Geografía y Física, la abuela tejiendo al crochet inútiles caminos de mesa. Lo que pasa es que vos sos muy quieta, Jaz, le decía la abuela, que tenía hormigas en el culo. Un ratito tejía, otro ratito iba a regar las plantas, orgullosa de ese jardín atiborrado que rodeaba la casita, otro rato ponía unas lentejas en remojo y dejaba leudando el pan.

La nieta aprobó las dos materias con lo justo y volvió a Capital a esperar la llamada de algún productor de desfiles, de las agencias de modelos en las que había dejado el *book*, o paseaba por las calles con la ilusión de que algún cazatalentos se quedara prendado de sus encantos. Pero su belleza gringa de pueblo, que tantas satisfacciones le había traído como reina de la primavera en la escuela y primera princesa en la Fiesta del Zapallo, resultaba fuera de época. Ahora se usaba más la hermosura exótica, étnica, le explicaba a su mamá cada vez que le tenía que pedir otra ayudita mensual.

La noticia de la enfermedad de su abuela apuró el regreso. Alcanzó a verla, echada en la cama, tan quieta que Jazmina se dio cuenta de que la vida se le estaba yendo. Apenas abrió los ojos para verla y le susurró que cuidara las plantas cuando ella no estuviera. El velorio fue silencioso y resignado. Jazmina cortó un puñado de rosas blancas y las puso entre las manos de la difunta, que parecía haber perdido muchos más kilos que los pocos gramos que dicen que pesa el alma.

El primer día se quedó en esa casa con la intención de empezar a ordenar todo lo que había acumulado su abuela durante más de sesenta años: trapitos, corchos, fotos, recetas de cocina recortadas, ropa apolillada. Era tanto que se abrumó la segunda tarde y dejó todo expuesto, afuera de cajas y cajones. Después se siguió quedando en la casa porque le daba vergüenza aparecer por el pueblo y dar explicaciones de ese regreso sin gloria. Hacía el mate, se lavaba el pelo con manzanilla, salía un rato al jardín.

Regaba con cierta parsimonia, tal vez demasiada, lo que junto con las lluvias de

primavera colaboraron para que todo se desmadrara. Los malvones y la Santa Rita explotaron a fines de septiembre. La *ampelopsis*, esa enredadera que bordeaba todo el tapial y la casa, había virado su follaje al violeta cuando llegó, después perdió todas las hojas y ahora resurgía con una energía inusitada. Cada día le parecía ver los tentáculos avanzar sobre los ladrillos aún libres, trepar hasta la casa del vecino, arrastrarse por debajo del portón hacia la vereda. Debería podarla, como hacía su abuela cada año, pero entre el lío de cosas no encontraba la tijera de podar ni creía tener aliento suficiente. Tampoco para reparar los vidrios rotos o los mosaicos que había levantado la raíz del gomero. La quietud de Jazmina contrastaba con la energía cinética de las plantas, que parecían haber heredado la propensión al movimiento de la abuela.

Llamaba a la madre todas las semanas, no ya para pedir efectivo sino una provista de comida, hasta que me acomode, mamá, unas latas y unos paquetes de arroz para mí están bien. Los canteros de la huerta le hubieran dado el resto de lo que necesitaba: las acelgas se expandían en hojas brillantes y lisas, las calabazas se enredaban en los tutores de los tomates y se cargaban en flores anaranjadas, pero a Jazmina le daba fiaca cosechar. Contemplaba, desde la ventana de la cocina, a los pájaros que no podían creer la generosidad de ese patio y la benevolencia con la que los dejaban hundir sus picos en frutas y flores.

Hubo algunos intentos de la familia por vender la casa: unos tíos que hacía rato que no pisaban el pueblo la llamaron por teléfono un par de veces. Jazmina contestó con voz seca que ella se estaba ocupando de mantener viva la casa y la memoria de la abuela, que era una falta de respeto. Después, por las dudas, no atendió más.

La última semana de noviembre la madre golpeó la puerta tres veces hasta que se decidió a entrar con la llave que guardaba. Apenas entró desconoció el lugar: ya no se distinguían los canteros ni el tejido que separaba la huerta. Cuando pudo llegar a la casa casi tropezó: el piso estaba desperejo, las raíces del gomero habían ganado su batalla contra las cañerías, por lo que la cocina estaba inundada. Las ramas de la *ampelopsis* se habían metido a la cocina por un vidrio roto, habían reptado por las paredes internas,

habían envuelto las paletas del ventilador de techo y trepaban hasta los barrotes de la cama. Siguió las ramas que se trenzaban con una melena rubia, y alcanzó a divisar entre el follaje, impávidos, los ojos azules de Jazmina.

KIWÍKGOLLO, SEÑOR ÁRBOL

Roberto Carlos Garnica Castro

México

El Tsuru blanco avanzaba brincoteando por el camino de terracería, el sol pegaba de frente, el polvo entraba por las ventanillas, pero el entorno era un banquete para los ojos.

—Siempre me he preguntado, Goyito, por qué no terminaste la carrera, eras un excelente alumno. Además, la manera en la que abordabas los temas desde tu perspectiva indígena fascinaba a todos.

—Siempre tuve claro que no deseaba convertirme en académico, sólo entré a la escuela de antropología para aprender a mirar mi cultura con otros ojos, para que, por así decirlo, mis tres corazones se alimentarán de otros cerebros.

—¿Tres corazones?

—Sí, Roberto, *tutunakú* proviene de las raíces *tutu* (tres) y *nakú* (corazón).

Gregorio orilló el carro y apagó el motor.

—A partir de aquí, debemos seguir a pie.

—Pero todavía hay camino, Goyito.

—De aquí en adelante la tierra es sagrada.

—De acuerdo, ¿puedo bajar el hacha de tu abuelo?

—No la vamos a necesitar.

—La llevaré por cualquier cosa.

Al mirarlo con el hacha al hombro, Gregorio intuyó que había sido mala idea llevarlo allí. Se conocieron en la universidad y habían sido camaradas intelectuales, pero hacía más de cinco años que sus caminos se bifurcaron. Ahora su amigo quería “experimentar

la naturaleza en su máxima desnudez”, y *Goyito* accedió en atención “a los viejos tiempos”.

El joven papanteco se hincó sobre una rodilla y acarició la tierra mientras recitaba una antigua plegaria totonaca y todo alrededor, incluso el viento, se detuvo y guardó silencio.

Sin advertir el portento, el ciudadano preguntó:

—¿Qué haces, Goyito?

—Pedimos permiso al *dueño del monte* para entrar...

—¿Dueño del monte?

—*Kiwíkgollo, señor del monte* —sentenció Gregorio mientras empezaban a trepar una ladera.

—¿De veras crees en eso? ¿Qué pasa si no pides permiso?

—Lo que de verdad importa es que respetemos la naturaleza, que no tomemos animal ni árbol más allá del sustento... Camina más aprisa, te voy a mostrar unos árboles muy altos.

—¿Pero qué pasa si no pides permiso o transgredes su ley? —preguntó Roberto con la respiración entrecortada.

—*Kiwíkgollo* te puede perder en el monte.

—¿Es todo?

—Puedes perderte horas, días, años. La gente te busca y no te encuentra. Lo más extraño es que para los demás puede pasar una semana, pero tú sientes que sólo se trató de un día, o al revés: en una ocasión se perdió un señor por unas horas y cuando lo encontraron era ya un anciano. También puede hacer que pierdas la razón... ¡Mira! ¿Qué te parece este árbol?

—¡Es gigantesco! ¡Tómame una foto!

Roberto se paró junto al árbol y posó.

—Mándamela, para subirla a mi estado.

—Aquí no hay señal.

—¡Qué mal! Imagínate si de veras nos perdemos o... Tómame otra, como si estuviera cortando el árbol —pidió Roberto y sin previo aviso golpeó al gran cedro.

- ¿Qué haces? –le gritó Gregorio y le arrebató el hacha.
- Sólo quería darle realismo. ¡Vamos, es sólo un rasguño!
- Estos árboles son sagrados. ¡No es juego!
- ¡Ok, ok! “Orinita” vengo –dijo el fuereño dirigiéndose al desfiladero.
- Ten cuidado, en algunos lugares la tierra está suelta.

Al terminar de orinar, intentó darse la vuelta pero, como una garra, algo espinoso sujetó su pantalón.

–¡Roberto, ten cuidado!

Para soltarse tuvo que dar un fuerte tirón, lo que desgajó un trozo de tierra y provocó que se despeñara. La caída fue dolorosa, pero no mortal. Gregorio se asomó y escuchaba los gritos de su amigo, pero no podía verlo.

Roberto sí lo veía, pero no podía escucharlo. Lo intentó, pero después de varias caídas renunció a subir por esa cara del monte. Quiso rodearlo, pero en algunos tramos el camino era intransitable, parecía como si una especie de carrizo espinoso lo dirigiera. Empezó a oscurecer y la angustia lo poseyó. El olor a hierba y a tierra húmeda era penetrante, sintió que no dejaba de dar vueltas y empezó a enloquecer de desesperación... hasta que se topó con una cabaña.

Un anciano lo esperaba y lo invitó a pasar.

–¿Un café?

Al asentir, el muchacho miró con atención y le pareció que, más que una piel arrugada, tenía frente a sí un tronco con dos pequeñas oquedades llameantes.

Se sentó a la mesa, le dio un sorbo a la bebida y la escupió.

–Lo siento, no acostumbro el café negro sin azúcar.

Un instante después, ante la mirada del viejo, desfalleció.

Cuando reabrió los ojos, estaba frente a su amigo.

–¿Cómo llegué aquí?

–¿No recuerdas nada? ¿Un café?

–Pero con leche y azúcar.

–Al parecer te encontraste con *Kiwíkgolo*. ¿Cuánto tiempo crees que te perdiste?

–¿Un día?

–Fueron siete (*tujún*), número asociado con la muerte.

–¿Qué cosa es *Kiwíkgolo*?

–No es un dios, pero tampoco es humano.

–Me dijiste que el nombre significa *señor* o *dueño del monte*.

–No, esos son más bien epítetos. *Kiwíkgolo* proviene de las raíces *kiwi* (árbol, madera, palo) y *kgoló* (anciano, viejo, señor).

–¿Árbol viejo?

–Más bien *Viejo hombre árbol* o *Señor árbol*.

–¿Un *Ent*?

–Es a la vez la rama, el árbol, los montes y el guardián de la naturaleza.

–¿Podría estar aquí?

–La naturaleza es rizomática y todo está conectado con todo. Aunque es más poderoso donde la vegetación abunda.

Empezó a llover.

–¿Podría hacerme daño?

–*Kiwíkgolo* está enojado y triste, ama la naturaleza; pero más protege que castiga. Puedes imaginar que el calentamiento global es una sanción de *Kiwíkgolo* por quebrantar sus leyes o la consecuencia natural de siglos de desmonte.

Arreció la lluvia y una rama azotó con violencia la ventana.

Roberto volteó por unos segundos y, cuando miró de nuevo al frente, Gregorio ya no estaba.

El anciano lo miraba.

–¿Qué es esto? ¡Sigo aquí!

–Quizá nunca te fuiste.

–¿Estoy muerto?

Llovía y un árbol golpeaba con violencia la puerta.

–Te llaman.

–¿Debo salir?

–Así es, Adán, tienes que enfrentar las consecuencias de tus actos.

–¿Es usted *Kiwíkgolo*?

El árbol golpeó con más insistencia.

Roberto no recibió respuesta y se dispuso a abandonar la casa.

ALTERANDO LOS CAMINOS DE LA DESTRUCCIÓN

Adriana Carrión-Carlson

México-EE.UU.

En el mercado central la gente sigue el mismo patrón para curiosear, arremolinarse alrededor de puestos y lugares de comida y, poco antes de retirarse, pasar por el local de don Marcial.

El lugar ofrece auténticas maravillas de la horticultura: dalias, narcisos y zinnias, junto con carnosos alcatraces y bienolientes “leche de diosas” –mejor conocidas como azucenas–. Sin embargo, las “atrapa miradas” están en un espacio reservado, colocadas sobre una tarima circular que recibe la luz natural que traspasa el techo del puesto. Ahí se encuentran las plantas de amapolas rojas, las levemente venenosas amapolas amarillas, así como la misteriosa pasiflora cerúlea y los arbustos de flores de humo o antorcha –*Geum triflorum*–, conocidas por sus raíces negras y filamentos peludos en forma de pequeños algodones de azúcar, salpicados de diminutos cristales en tono carmesí.

Cuando queda una sola planta para vender, la puja y el regateo se convierten en un estridente espectáculo de gritos y empujones. La situación sobrepasa a los demás locatarios, que no pueden competir con don Marcial porque sus adeptos aumentan semanalmente y veneran sus flores frescas cual sagradas preseas.

Sus plantas poseen el embrujo del aroma a savia dulce o especias (cardamomo, canela), además de producir agradables sensaciones de frescura y calma. Los pétalos y hojas

desprenden un polvo reluciente que parece maniatar la lengua de algunos y arrastrar a otros de vuelta al local. Los rostros se llenan de entusiasmo mientras las flores son presentadas para la vendimia. Día tras día el furor aumenta y la gente no duda en hacer largas filas para comprarlas.

Don Marcial repite la misma recomendación: “Son delicadas, tiene *usté* que plantarlas enseguida, porque si no lo hace hasta se pueden enfermar; son como la vida y las pasiones humanas, florecen hermosas con el cariño y se marchitan con el desdén”.

Antes de toda esta bonanza, hubo que convencer a don Marcial de aceptar la encomienda que le propuso nuestra matriarca.

La revelación de nuestra señora sucedió un día que don Marcial se refrescaba en la pileta construida cerca del Cementerio de Dolores, donde lavaba sus agrietadas manos y humedecía su más preciada posesión: un trozo de tela del vestido de su fallecida esposa, viejo y ennegrecido por el paso del tiempo. Como en otras visitas al panteón, pasó a recoger el polvoriento carrito de carga que dejó encargado con el vigilante. Sin más plan que pasar ahí la noche, subió por la calzada, perdiéndose en las sombras que rondaban la tumba familiar. Pasó un buen rato limpiando la lápida, antes de continuar arrastrando los pies, mirando al piso y pasándose el trapo húmedo por el cuello, una y otra vez, hasta llegar al corazón del camposanto.

A don Marcial le gustaba ese lugar porque escapaba milagrosamente del ruido ciudadano; sumergido entre floripondios amarillos que irrumpían el paisaje verde de los árboles de nísperos, las astronómicas que ya no producían florecitas rosas, los bananos (estériles por la contaminación), alguna que otra palmera canaria (casi extintas por una plaga extranjera) y, por supuesto, los árboles de jacarandas –orgullosos sobrevivientes de la devastación al pulmón de la ciudad.

Se encontraba también un mausoleo semejante a un antiguo templo; en lugar de muros tenía un círculo de columnas de mármol que sostenían el techo. En su interior las jardineras de piedra desprendían un fragante olor, embriagando al hombre para hacerlo dormir sin sueños.

En la parte alta de la construcción había una extraña frase grabada:

DESTA ES LA HENDIDURA DELLOS MUNDOS.

SEGUIDME Y LLEGARÉIS A ELLA.

A los pies de la edificación la temperatura disminuía porque los altos oyameles y ahuehetes formaban una bóveda arbórea que detenía los intensos rayos solares y bloqueaba los gases tóxicos emitidos por el tráfico. Los nutridos rosales y sus espinas mantenían alejados a los intrusos que escarbaban alrededor de la cripta con la intención de hallar la guarida de nuestra señora. Ella tenía el ojo puesto en don Marcial y lo contemplaba mientras dormía plácidamente sobre el piso del mausoleo. Esa noche nuestra madre le habló.

Tuvimos que darle tiempo a don Marcial para vencer el terror que le causó la aparición de nuestra madre. Ella se presentó ante su mirada con su elegante cuerpo ramoso de corteza dura y flores con corolas plateadas, donde sobresalían varios estambres y pistilos dorados. También lo vimos sobreponerse al sonido de su voz maternal que viajó por el aire, desde su vientre hasta los oídos del aturdido interlocutor.

Semanas después, recuperado del espanto por el encuentro sorpresivo, don Marcial volvió a nuestro escondite y dijo querer saber más sobre la madre amorosa que quiere salvar a su prole de la destrucción. Entonces accedió a cruzar la compuerta que conducía a las entrañas debajo del sepulcro. Tras ella refulgían luces brillantes que atrajeron su agotado cuerpo dedicado a cargar bultos de plantas. El ritual tuvo lugar todos los miércoles.

—Ven conmigo —una voz meliflua lo invitaba a entrar.

—¿A dónde va a llevarme? —preguntaba el cansado hombre, quitándose la cachucha percutida por el sudor de tantos soles.

—Iremos juntos hasta la fractura del mundo. No temas, yo estoy aquí para cuidarte.

Ya tarde lo observamos regresar a la superficie trayendo consigo a nuestras hermanas *Geum triflorum*. Usaba una tela hecha de hilo de maguey para protegerlas mientras las recolectaba en los sombríos cimientos donde habían renacido. Tranquila y eficientemente las agrupaba en varios molotes para trasladarlas en el carrito.

Don Marcial —nuestro querido padre y abuelo— protege la continuidad de nuestras hermanas e hijas atrayendo multitudes que, extasiadas con el aroma de cada flor, se aglomeran en los pasillos del mercado con el compromiso de llevarnos a plantar. Su ternura y dedicación cambiaron nuestro temido ocaso: se detuvo el ciclo maldito que nos asfixiaba entre gases putrefactos y la soledad de allá abajo. Nuestro benefactor sigue procurando el afecto hacia los retoños, exquisitas flores que ha gestado nuestra madre, sacándolos del inframundo para llevarlos de regreso a la superficie.

SUSTRATO

Abril Alcaraz

México

A los queridos Lenin y Falco

—¿Me puedes hacer un favor?

—Probablemente no. ¿Qué quieres?

—¿Me puedes cuidar mi micelio por dos semanas?

—¿Tu qué?

La palabra me sonaba como un vago recuerdo, no sabía de qué.

—Los honguitos, pues.

El micelio, ¡claro! Hacía algunos meses había leído que un micelio era el ser vivo más grande del mundo y que podía transmitir información de un extremo a otro de su estructura filamentosa.

¡Por supuesto que no iba a desperdiciar la oportunidad de cuidar un hongo en crecimiento! Pero me hice la indiferente.

—Sí, si necesitas; no hay problema.

Cuando tienes amigos biólogos, lo mismo te pueden pedir una muestra de semen que dejarte encargado de su cultivo ilegal de *psilocybe*.

Llegó al día siguiente hacia el medio día con uno de esos terrarios como para reptiles

envuelto en una bolsa de basura negra.

—¿Tienes un lugar oscuro donde ponerlo? No le puede dar la luz. Y tiene que estar seco para que no se contamine de moho.

Le mostré el hueco detrás de la puerta de la habitación. Polvoso, pero oscuro y seco.

—Puedo limpiar —dije a modo de disculpa por mi falta habitual de prolijidad.

—No, así está bien. Lo importante es que no haya humedad.

Sólo entonces abrió el paquete y me lo mostró: una capa blanca aterciopelada que se extendía entre granos de centeno, arenilla aperlada y unos brillantes copos dorados. El interior de la caja transparente —perfectamente sellada— estaba húmedo y se intuía cálido.

—Ya en estos días deberían empezar a brotar los honguitos —me advirtió.

—¿Qué sustrato usas? —pregunté mientras ponía el café.

—Una mezcla de perlita y vermiculita. Pero parece que no le está gustando.

—¿Por?

Me miró haciendo una mueca de frustración.

—La verdad es que creo que se me contaminó. Quiero pensar que no, pero... Mira, vas a abrir la caja una vez al día, por aquí, y le echas una rociada de agua purificada —me instruyó al tiempo que sacaba un pequeño pulverizador de su mochila—. Sólo una. Si ves que empiezan a aparecer manchas rosas o verdes las tienes que remover con un cotonete empapado en una dilución de cloro con agua, sin tocar lo demás. Luego cierras y lo vuelves a sellar con micropore. ¿Tienes micropore?

Sí, tenía.

—Te encargo mucho a mis bebés —me dijo con una mezcla de dulzura y auténtica preocupación mientras nos abrazábamos para despedirnos.

Y así fui como acabé de niñera de unos hongos alucinógenos.

La verdad es que cuidar un micelio es bastante fácil y no da mucha lata. Los primeros días me asomaba a cada pocas horas a ver si de casualidad había brotado el sombrerito de una seta, pero nada. Finalmente me resigné a que no vería los frutos de mi esfuerzo (ni los

del hongo) y me limitaba a hacerle pssh-pssh con el pulverizador una vez al día y vigilar que no aparecieran colores extraños.

Había empezado a hacer calor y el bochorno de la noche hacía que tuviera sueños extraños, agitados. Despertaba por la mañana empapado de sudor, más cansado de lo que me había ido a dormir y me pasaba todo el día con una sensación de fatiga mental de la que ni las dosis extra de nuestra mezcla para expreso lograba despejarme. Y a los hongos no les iba mejor: una pelusa grisácea había comenzado a extenderse por encima del sustrato. Por mucho que yo me afanaba en limpiar con la dichosa dilución de cloro en agua —una, hasta dos veces al día, en contra de las instrucciones porque esto ya era una situación desesperada—, a la mañana siguiente la invasión había empeorado. Yo le mandaba mensajes y mensajes al padre putativo del micelio: “No recibido”.

Me sentía responsable, a pesar de que me había advertido que todo el cultivo podía estar contaminado. Simplemente no podía evitarlo, porque había pasado aquí y ahora, bajo mi cuidado, ¡y me conmovía tanto esa criatura absolutamente indiferente a mis sentimientos y a su propia inexorable muerte!

A lo lejos empezaron a sonar las campanas. El día estaba despejado y el sol brillaba. Hacía calor, pero no demasiado. A la derecha escuché chirlear a un colibrí.

Podía sentir el sudor que me empapaba el cuerpo (¡el maldito bochorno de la noche!). Me dolían los huesos minerales, la sangre caliente encharcaba la carne que era tierra. Sentía en las oquedades del tejido las hifas que se extendían, y algo que empujaba suavemente hacia arriba. Muchas pequeñas casitas empezaron a brotar en mí con sus paredes blancas y sus tejados color ocre. Adentro de las casitas se estaba bien; oscuro y cálido, era reconfortante. Alguien me hablaba por debajo.

—¿Qué?

—El sustrato —dijo.

—Ah, no les gustó, ¿verdad?

—No. Este de aquí nos gusta más.

—Qué bueno —contesté con sinceridad.

Sentí su alegría húmeda y agradecida.

A la mañana siguiente el micelio estaba completamente ennegrecido. Me sentí mal por mi amigo, pero no me preocupé. Salí a caminar aprovechando que el cielo y mi cabeza estaban despejados. A mí derecha escuché chirlear a un colibrí. Me sonreí.

No fueron dos semanas sino tres, pero finalmente volvió por su terrario, donde yo había dejado secar el moho grisáceo que acabara con el micelio de *psilocybe*.

—¡Perdón! Traté de avisarte, pero no te llegaban mis mensajes.

—No te preocupes —me dijo al ver mi consternación—. No sé si no los esterilicé bien o les eché mis malas vibras —añadió divertido.

—No les gustó el sustrato.

—No —se encogió de hombros—. La próxima vez voy a probar con fibra de coco.

Yo sabía que no era fibra de coco lo que querían. Después de dos o tres intentos más simplemente desistió aborrecido, y ya no fui niñera de micelios nunca más. Pero cuando escucho sonar las campanas cierro los ojos y siento cómo empiezan a brotar en mí los honguitos, preparándose para abrir sus pequeños sombreros y esparcir sus esporas a través de mi piel.

MUCÍLAGO

Octavio Villalpando

México

La vieja bicicleta rechinaba con cada pedaleo, y en cada rechinido Eusebio revivía los machetazos que le había propinado a Jacinto, el curandero. La adrenalina seguía fluyendo raudamente por sus venas, enceguciéndolo, de modo que los bordes del sendero por el que avanzaba, delimitados por hileras de nopales, parecían formar una interminable muralla gris, interrumpida tan sólo por algunos manchones púrpura aquí y allá. Nopales coronados por tunas en flor, que los hacían parecer estar manchados de sangre, tal y como

había quedado aquel donde había masacrado al viejo, no más de quince minutos atrás.

Tenía que calmarse, era peligroso ir a la carrera sin poder ver bien el camino. Sus muertos esperarían toda la noche a que llegara. Por la mañana los llevarían a enterrar, y luego él mismo se entregaría al delegado de la policía, dispuesto a ser enterrado también, pero en vida, porque ya no le quedaba nada por lo que valiera la pena vivirla. Pero primero tenía que atravesar el largo trecho de monte que lo separaba del poblado. ¡Maldito viejo! ¿Por qué había escogido lo más profundo de la nopalera para vivir?

Poco a poco fue reduciendo la velocidad del pedaleo. Y conforme las hileras de nopales, cardones y demás vegetación recuperaban su apariencia normal, su desolador aspecto hacía que su tristeza regresara. ¿Qué pasaría si decidía abandonar la bicicleta ahí mismo y se perdía para siempre en el monte, tal y como había hecho el curandero muchos años atrás? Pensó en su esposa y el bebé que había llevado en el vientre, y rememoró la horrible visión de sus cuerpos en la penumbra del mísero jacal, apenas alumbrados por una triste vela de manteca. ¿Por qué no habían esperado a que regresara con el doctor? ¿Por qué habían permitido que el maldito viejo les pusiera las manos encima?

Su suegra le había explicado lo sucedido. Elisa había entrado en labor casi en cuanto él había salido en busca del médico, pero por más que lo había intentado no había conseguido dar a luz. Luego de muchos esfuerzos, cuando ya no podía aguantar más, el curandero había irrumpido de repente en el jacal, mascullando quién sabe qué cosas en un idioma que nadie había podido entender. Entonces había forzado a Elisa a tragar un brebaje maloliente, y ésta, con su último aliento, había podido expulsar al niño por fin, pero tristemente ya muerto. En medio de la tribulación general, el viejo parecía haberse desvanecido en el aire, sin que nadie supiera a qué hora se había largado. Lo que Eusebio seguía sin entender era por qué el brujo se había aparecido en su casa, si todos tenían prohibido mencionarlo siquiera. Si él hubiera estado allí, nunca lo habría dejado entrar al jacal, pero para cuando había regresado ya nada podía hacer, excepto buscar venganza.

De lo que pasó después Eusebio sólo recordaba fragmentos brumosos. Escenas inconexas de sí mismo buscando el machete, gente tratando de detenerlo entre gritos

y forcejeos, el pedaleo enardecido a través de la nopalera, la figura renqueante del viejo tratando de huir, su brazo –como dotado de vida propia– asestando machetazos una y otra vez y, finalmente, la visión de los tajos en el nopal contra el que lo había acorralado, escurriendo baba y sangre, como si lo hubiera atacado adrede también a él. Un nopal justo como el que ahora se le venía encima en medio del sendero, y que sabía que no había estado allí en el camino de ida. Nada pudo hacer por esquivarlo y todo su ser gritó en agonía cuando miles de espinas penetraron su carne. Luego todo fue oscuridad y silencio.

Eusebio no tenía idea de cuánto tiempo había durado inconsciente, pero cuando despertó ya casi era de noche. Todo el cuerpo le dolía, en especial la cabeza. Sentía la cara hinchada, y donde había estado su ojo derecho ahora había un supurante absceso lechoso, del que sobresalían algunas espinas. Pero el ojo izquierdo le funcionaba, así que era capaz de ver, aunque para sus adentros deseaba con toda el alma no poder hacerlo. Elisa, recargada en el nopal contra el que había chocado, amamantaba al niño; ambos amortajados aún. De sus bocas resbalaba un líquido verdoso y espeso que parecía pulular con vida propia. Entonces, como surgida de la penumbra misma, vio aparecer a la contrahecha figura del curandero, enarbolando su propio machete. Sabiendo lo que pasaría a continuación, Eusebio trató de incorporarse, pero no pudo despegar el cuerpo del suelo; algo parecía jalarlo hacia las entrañas de la tierra misma. Bajó la mirada y vio cómo sus manos cambiaban de color a un repulsivo verde grisáceo, mientras hileras de espinas emergían de su piel. Sus dedos se perdían en las profundidades de la tierra, transformados en gruesas raíces. El repentino impacto de un líquido caliente y espeso contra su rostro lo hizo olvidarse momentáneamente de su situación. El viejo había asestado el primer golpe. Machetazo tras machetazo, tuvo que ver cómo su mujer y su hijo eran reducidos a una masa irreconocible de mucílago, nopal, carne y sangre agusanados, que se iba espesando poco a poco, amenazando con desbordarse. Y con su último pensamiento lúcido, Eusebio tuvo la certeza de que cuando lo hiciera, lo iba a engullir sin remedio y comprendió que no podía hacer nada para impedirlo.

El funeral nunca se llevó a cabo. En el transcurso de la noche los cuerpos de Elisa y del

bebé habían desaparecido. Aunque sus mortajas seguían ahí, trozos de nopal ocupaban su lugar. Se pensaba que Eusebio se había llevado los cuerpos en un descuido, sin entender con qué finalidad. Y aunque lo buscaron incansablemente por todos los rincones de la nopalera, lo único que encontraron de él había sido su maltrecha bicicleta, abandonada rumbo al jacal donde vivía Jacinto, el curandero. Pero cuando le preguntaron si no había visto a Eusebio rondar por el lugar, éste contestó que hacía mucho tiempo que no sabía nada de él en realidad.

ROCÍO ESTELAR

Karla Arroyo

México

Fuiste atraído por los colores del rocío estelar, la planta que vibra en pulsiones. Estás adormecido por voces que imitan aquél arrullo que no puedes ubicar en el tiempo. Un aroma dulce y cítrico te induce paz, como si la vida se resumiera a este instante.

Mientras las ensoñaciones se apoderan de la mente, sus enredaderas trepan sobre las piernas y te acercan a un pozo brillante.

Las caricias de los pétalos invitan a asomarte, y lo haces porque mueres por saber qué es lo que ocurre en la profundidad. Ante un aire enrarecido, es tarde para escapar: las fauces espinosas aprisionan el cuello y las púas inyectan una viscosidad que penetra dolorosamente las venas.

Ya sin fuerza, con medio cuerpo engullido, llega la desesperanza; entre más te mueves, más atrapado quedas.

Dos delicados filamentos danzan para ti, mientras evocas la cara de quienes te vieron por última vez. Comienzas a llorar, las lágrimas caen sobre aquél órgano que terminará por consumirte; te recuerda al sereno en las hierbas, sólo que éste brilla.

La lluvia ácida comenzará a clavarse en tu piel, primero va a deshacer el ropaje

y luego a ti.

*Chambek te obsequia aceptación en una nebulosa púrpura que huele a lavanda.
Tienes la visión de buenos momentos, cuando hiciste feliz a alguien y alguna vez lo
fuiste tú.*

*Comienzas a dormir y en el sueño sucumbes al abrazo del ser espiritual invocado.
Al haber sido arrastrado a través del portal, se asegura la entrada de tu esencia
al inframundo.*

Códice Chambek-ha. (Maitah, 1159-1261).

Adaptación: Catalina Hernández.

1

Lina se complacía en compartir parte de la tradición con los turistas del sitio arqueológico de Chum-natzá, que estaba en auge desde que la mítica escultura que fungía como portal había sido devuelta al pueblo originario Maitah siglos después. Catalina, mejor conocida en la comunidad como Lina, fue adoptada por la selva y sus últimos habitantes. Ella se interesó en todo tipo de leyendas del lugar y las contaba de memoria a su cautivo público en varios idiomas, y no porque los dominara precisamente.

La noticia de la extensión de los horarios de visita no le agradó, porque sabía por las historias que “las criaturas resplandecientes reclamarían lo suyo”. Así que trató de persuadir a la administración que podría ser un riesgo innecesario exponer turistas al Chambek. ¿Cómo demonios explicar los seres antiguos a estos foráneos que no se interesaban en absoluto en los usos y costumbres?

Poco podía hacer, pues el terreno que alojaba Chum-natzá era propiedad privada (además, extranjera).

2

Cuando comenzó el cableado para el sistema de iluminación, hubo trabajadores desaparecidos (aunque estos eventos se mantuvieron en secreto). El proyecto terminó por

incorporar energía fotovoltaica, porque cada vez que se instalaba la red ésta terminaba estrangulada por una enredadera endémica que pertenecía a las especies protegidas. Fue así que no pudo concretarse la iniciativa que pretendía dar un espectáculo de luz y sonido sin precedente.

Lina fue voluntaria para trabajar como guía en el último turno, pues al ser nombrada guardiana honoraria de Chum-natzá quería ser portavoz de los cambios que le deparaba al “inframundo” del pueblo Maitah debido a la intrusión nocturna.

Las desapariciones continuaban. Primero eran guardias; luego, uno que otro guía. Ocurrían por las noches, y cuando empezaron a esfumarse turistas ya no se pudieron ocultar estos eventos. Se realizaron las investigaciones necesarias, incluso con presencia de agencias especializadas de otros países.

Fue entonces que el hedor que brotaba en el ambiente instó a buscar cuerpos en las inmediaciones. Al no encontrar pistas de dónde podrían estar, se recurrió a escáneres para detectar entradas subterráneas alternas a la del portal ubicado en el templo de la luna, el más importante.

3

Un espécimen que cambiaría el orden en la cadena alimenticia fue descubierto. Se trataba de plantas de la familia de la *Drosera* o planta carnívora, pero ésta rivalizaba en tamaño con la vegetación selvática. Sus brazos espinosos se extendían varios metros por debajo de la tierra. Los ejemplares habitaban un corredor debajo del templo a la luna. Iluminados por ésta (además de los rayos solares) a través de un sistema de conductos ocultos por la maleza, a varios metros en la lejanía.

A primera vista sus flores exuberantes tenían cierto resplandor fluorescente que invitaba a la contemplación; al mismo tiempo, emitían un aroma dulzón y un ronroneo que aletargaban a quien permanecía frente a ella.

Bajo la luz dirigida de la luna los pétalos se transformaban en fauces que revelaban dientes afilados.

La *Drosera letalis*, nombre otorgado a esta especie y que los pueblos de la región nombraban Chambek o rocío estelar, aparece plasmada en relieve en cada una de las esquinas de la escultura recién restituida, el portal.

El sitio fue clausurado. Llegaron botánicos expertos y Lina se les unió, junto a los miembros de la mayordomía, para atestiguar el hallazgo.

Las leyendas describían las particularidades de esta planta como hechos mágicos. Sin embargo, los conocedores determinaron que se trataba de una amenaza latente. Así que las plantas carnívoras serían eliminadas, exceptuando un ejemplar que se mantendría en un ambiente controlado. Se optó por extraer uno, pero los kilométricos brazos enterrados lo dificultaron; además de contener veneno en las espinas, estas fungían en ciertos tramos como raíces. Al intentar ser transportada, se cerró sobre sí misma y explotó hasta convertirse en lluvia de pequeñas semillas que se diseminaron invisibles por todos lados. Conforme las esporas fueron esparciéndose por toda la región, se tuvo conocimiento de que perfeccionaron su mecanismo de supervivencia: se hicieron parasitarias y sus enredaderas revestidas con púas microscópicas inyectaban ponzoña para que el proceso de alimentación fuera más eficaz, pues en minutos, ya no horas, licuaban la carne para facilitar su consumo. La savia era una sustancia corrosiva que disolvía huesos y materia orgánica sin dejar rastro alguno, salvo pestilencia.

Chum-natzá fue el punto de partida en el que la *Drosera letalis* proliferó en todo tipo de ecosistemas, incluso en los acuáticos.



JARDÍN DE TODO Y NADA

Carmen Macedo Odilón

México

para Adela

Sólo las personas atentas pueden escuchar a las plantas. Cuando el viento sopla, el pasto aplaude, las hojas ríen, las flores cuchichean. Los enamorados ruedan por la hierba en el frenesí de sus instintos calientes y arrasan con tallos tiernos y hongos que vuelven a la tierra sin haber tenido la oportunidad de alcanzar su punto máximo de madurez. La vegetación chilla, pero su voz se confunde con el aletear de insectos y murmullos humanos que, entre besos y manoseos, creen que el jardín les pertenece.

Los niños corren, bajo sus suelas caen corolas cercenadas: almas vírgenes a las que nadie pudo polinizar, así como pétalos que fueron arrancados uno a uno igual a tortura medieval. Después caen las cobijas al suelo, seguidas del tonelaje del hombre: lo verde se marchita, se troncha, se seca en nombre de lo que ellos llaman un día de campo que honra al ambiente. Sus perros orinan y defecan sobre cuerpos que no les pertenecen, que no oyen, que apenas si miran. Yo lo contemplo desde mi hogar, hasta que siento la puñalada de la cual mi herida chorrea, pero los novios ríen al marcar sus insignias en mi corteza. Estoy harto.

El cielo oscurece, es el turno de Huele de noche: sus flores trompetoides mezclan perfume y sonido; la sinergia atrae a esos dos humanos que han venido a estos dominios como parte de un ritual de amor. ¿Y qué es el amor sino una fuerza que surge del dar y no del quitar? Ellos van al fondo del jardín, donde la maleza es alta y secretosa, donde los bichos renegados se conjuntan en tierra sin ley. Sacudo mis ramas y las hojas tiemblan como castañuelas, dejo caer una manzana que atrae las miradas de los demás paseantes, quienes se disputan el fruto del pecado entre risas y falsas modestias para cedérsela entre sí, cuando sé que todos quieren darle la primea mordida.

Hombre y mujer, flor y abeja, se dejan caer donde nadie los observa, pero el aguijón no

pica, sí lo hace la yerba. Brotan lazos que crecen hasta atrapar esos cuerpos insignificantes, espinas que se clavan en sus carnes para tallar las iniciales de la naturaleza, y ramas que perforan labios y cuencas. La savia más venenosa cae dentro de sus bocas y los cuerpos de dos amantes, inmóviles ante su desenlace, apenas si sienten cómo la piel de ella se vuelve corteza y los restos de él van a servirnos de abono. Anochece, termina el acceso al público.

Al día siguiente el jardinero abre la reja, un aroma añejo lo guía hacia el fondo del jardín, donde descubre una flor púrpura que se mueve cual cabeceo, rodeada por cuatro extremidades de hojas carnosas de la mandrágora.

EL ESPINO

Alejandro Juárez

México

La astilla penetró la piel con limpieza, con un pinchazo infinitesimal que no fue percibido por la víctima. El trozo diminuto, apenas un racimo de células vegetales, atravesó la barrera de piel para encontrarse rodeado por un torrente de glóbulos que lo arrastraron por venas y arterias en un viaje vertiginoso, hasta arribar al palpitante centro del entramado. Se adhirió con determinación al músculo cardíaco y poco a poco lo penetró, con tozudez nacida del rencor. Mientras recorría el camino (micra a micra, fibra por fibra) recordó al viejo arbusto del que provenía, derribado a golpes de hacha por el hombre que ahora lo alojaba. Tras sepultarse por completo en el corazón, la astilla comenzó su trabajo. Sin prisas, comenzó a endurecer las paredes vasculares que la rodeaban, otorgando cualidades leñosas a los alvéolos que, contagiados, comenzaron a bombear esencias vegetales al organismo con lenta e incansable eficacia.

Lo primero que se endureció fue la mirada del hombre: parecía lanzar espinas, nacidas de un pozo oscuro y terrible. Luego modificó su tono de piel, que se transformó en un pardusco desagradable, que, junto con su creciente hosquedad y mutismo, alejaron poco a poco a quienes le rodeaban: parientes, amigos e incluso la mujer que le deseaba en

silencio.

Terminó por renunciar al mundo para ensimismarse en las imágenes que inundaban su mente con ecos de tierra y profundidad. Brazos y piernas le pesaban cada vez más, como viejos troncos indiferentes a la agitación de los animales.

Un trueno en la lejanía lo sacó de un prolongado letargo. Se asomó a la ventana y miró el cielo, cargado de nubes presagiosas. Arrastró las extremidades y salió al patio, donde se desnudó para esperar la lluvia. El agua lo cubrió como un diluvio que lavó cada poro de la reseca piel con un mensaje antiguo como el mundo.

Meses después su amante lejana acopió valor para buscarlo: la casa estaba vacía. Al salir al jardín encontró el arbusto, alto y frondoso, saturado de espinas agudas y amenazantes. En el centro vibraba una solitaria flor. Roja, extrañamente viva.

SAVIA SANGRIENTA

Eliana Soza Martínez

Bolivia

Cuando el hombre blanco llegó a tierras guaraníes, trayendo consigo a un nuevo Dios, un extraño idioma y una ley desconocida, nada volvió a ser igual para los indígenas. Su vida, hasta entonces, había sido pacífica teniendo sólo como enemigos a las Añas, espíritus malignos, pero éstos no se comparaban con los extranjeros obstinados en cambiarlos a la fuerza.

Después de varias reuniones con los hombres más sabios de la tribu y consultas con sus dioses, decidieron iniciar la guerra contra los pálidos intrusos. Empezaron esa misma noche, incendiando la iglesia que construyeron cerca de sus casas, además de mandar a mujeres y niños lejos.

La reacción de los extranjeros fue implacable, reuniendo sus armas de fuego y buscando a cualquiera de piel oscura para dispararle en la frente. La primera batalla fue sanguinaria. La luz de la luna hacía brillar los cuerpos caídos de los indígenas con ojos de sorpresa. Los

árboles de *toborochi* ondeaban sus hojas y las espinas de sus troncos inquietas parecían moverse.

Los pocos guaraníes sobrevivientes pidieron protección a sus dioses. Al cacique se le ocurrió ocultarse en el tronco de los *toborochis*, igual que lo hizo Araverá (Destello en el cielo), hija del gran Cacique Ururutí Cóndor Blanco de las leyendas contadas por los abuelos. Entonces, los hermanos árboles abrieron su corteza como si fuera un telón y dejaron entrar a los guerreros heridos y a punto de desfallecer.

Los extranjeros buscaron a sus enemigos por todas partes, pero habían desaparecido como por arte de magia. Su sangre hirviendo no podía calmar la ira. Por eso fueron a buscar a las mujeres y niños que estaban cerca y uno a uno les dispararon a quemarropa sin escuchar su ruego o llanto. Volvieron con las manos ensangrentadas y las armas calientes.

A lo lejos vieron a un guaraní acercarse, era uno de sus intérpretes y venía a hacer un trato. Él conocía el escondite de sus compañeros y se los diría con la condición de recibir mucho dinero para irse a vivir a la capital. Los blancos aceptaron. Entonces él les contó sobre los *toborochis*. Al escucharlo, se rieron y mataron al traidor. Uno de ellos, en medio de su sed de muerte, tomó un hacha y cortó uno de los árboles. No encontró nada en su interior, pero vio asombrado cómo un chorro de sangre, en vez de savia, salía del tronco.

Los demás también fueron a talar cada *toborochi* que encontraron en la cercanía. Al amanecer contemplaron la gran cantidad de madera desperdiciada sin rastros de sangre. Tras varias semanas decidieron construir, con ese material, muebles, canoas y cuerdas para sujetar la madera de sus casas, porque su Divinidad no perdonaría ese desperdicio.

Poco tiempo después el nuevo pueblo llamado El Edén vivía bajo la palabra del Dios blanco y sus habitantes rezaban cada noche e iban a la iglesia los domingos. El día que se recordaba un año de la matanza de los guaraníes y el talado de los *toborochis*, un fuerte viento golpeó las paredes de los hogares. Truenos rugieron desde el cielo sin caer ni una sola gota de lluvia. Las madres pidieron a sus hijos irse a dormir temprano, los hombres fumaron sus pipas con cara de preocupación.

Después de la media noche, atravesando las sombras de las casas, los habitantes

escucharon cómo crujía la madera de sus muebles con sonidos infernales, para luego oírse gemidos y gritos de dolor en un idioma extraño. Prendieron velas y lámparas para descubrir de dónde venían los lamentos y cuando vieron que se escurría sangre de todos los utensilios en los que habían usado el *toboroichi*, enloquecieron de miedo y salieron pidiendo ayuda.

Listones y cuerdas cobraron vida; se sacudieron en sus lugares hasta lograr liberarse de los clavos que los aprisionaban. Se fueron reuniendo y derritiendo a su vez para volver a su estado primigenio, fuertes y vigorosos *toboroichis*, pero esta vez iguales a gigantes que caminaban con sus raíces como piernas, las ramas a modo de brazos y en su abultado tronco ojos encendidos y una enorme boca llena de dientes puntiagudos. En medio de las tinieblas, como expertos cazadores, buscaron a sus víctimas. No hacían distinción de niños, mujeres u hombres. A la mayoría los encontraron en las ruinas de su iglesia, rezando.

Algunos intentaron derribarlos con armas de fuego, pero parecía que eran inmortales: las balas se incrustaban en su corteza sin hacerles daño. Los agarraban con sus ramas, los subían varios metros en el aire y se los llevaban hacia sus fauces, donde los masticaban triturando los huesos y dejando salir de sus comisuras litros de sangre como ríos. Cada vez que comían un humano su tronco se abultaba más.

Esa noche también se escucharon gritos de dolor, pero esta vez el idioma era diferente y a quien llamaban pidiendo ayuda era al Dios blanco, que tampoco escuchó sus ruegos.

GOTAS

Fernando Alberto Turrent Mata

México

Ya, ya, ya, no llores más, mi amor. Mira, mamá está lista para darte de comer. Te voy a mecer un rato y luego vamos a la cocina. ¿Estás contento? ¿Estás a gusto? Ahora que estás más calmado, te voy a contar una cosa. Mamá, hace mucho tiempo, estaba sola. Papá y yo pedíamos muchas veces que llegaras. Sin embargo, la naturaleza no nos permitía el

poder tenerte, nuestra doctora nos había dicho que el problema era yo. El término que ella misma ocupó era útero hostil, me sentía como uno de esos páramos tan secos y vacíos que lindaban la casa de tus abuelos.

Pero no llores, amor, pese a que en aquellos lugares no caía una gota de agua o crecía algo, la naturaleza sabe abrirse camino por ella sola. Sin embargo, no pasa lo mismo con mi cuerpo, cielo, mi tierra no puede abrirse paso entre las grietas de su propia aridez. Y créeme que nos costó mucho, mucho nos costó. No, reformulo. Mucho me costó. ¿Tu papi? No, mi cielo, tu papi no quiso saber nada después que la doctora me llamó yerma. ¿Qué? No, así no me lo dijo, pero esa fue la palabra más leve que tu papi me decía.

Infecunda, baldía, árida... estéril. Mamá luego buscó más similitudes. Le salieron varias como deshabitada, desierta, inhabitada. Todas esas palabras me “definían”, según tu papá. Claro que después de llamarme de todas esas formas procedía a... no, no, no, no llores de nuevo, perdóname. No vamos a recordar cosas tristes antes de la comida, ¿verdad? No, claro que no, recordemos cosas felices, cosas bonitas. ¿Te acuerdas cuándo fuimos al parque? Ese verde parque que tanto te gusta. Dimos un largo paseo, vimos el lago artificial y sus orillas plagadas de nenúfares.

El viento suave me decía que estábamos bien, que tú estabas creciendo y que estabas empezando a dar tus primeros pasos. Mi amiga Cecilia pasaba por ahí, te miró, me miró y me recordó que tenía que ser siempre constante en tu alimentación y cuidados, que no te hiciera llorar, que necesitabas buenas dosis de sol, que no te encerrara en casa y, sobre todo, que Ramiro, tu papá, siempre estuviera al pendiente de tu cuidado. Yo le sonreí, Cecilia siempre ha sido muy buena con nosotros, principalmente cuando tu papá quiso hacerse el desentendido, ¿sabes?

Es más, llegaste a nosotros por ella, mi querida amiga Cecilia, la que me escuchó, la que fue mi hombro para llorar, la que me curó las heridas que dejaban los puños de tu papá. Esa Cecilia, mi querida amiga de la infancia. Mucha gente no veía con buenos ojos que me llevara con ella. Nos separaba sólo una cerca, ¿puedes creerlo? Mamá vivía de un lado y ella del otro. Éramos muy solitarias, muy tristes, pero siempre estábamos juntas.

Tanto así que crecimos juntas, maduramos juntas y nos salimos de ese pueblo juntas. Nos perdimos la pista hasta que coincidimos una vez en el parque.

Yo lloraba y Cecilia me abrazaba. Le conté, me miraba y tomó cartas en el asunto. Ay, perdóname, mi amor, te apreté demasiado. Aún me asusta un poco el recordar aquello. ¿Tú te acuerdas, mi amor? No creo que lo recuerdes. Cecilia casi derribaba la puerta esa noche. Ramiro gritaba, amenazaba con matarme por mi esterilidad, nos amenazaba, nos gritaba de cosas y se acercaba, se acercaba... Yo sólo recuerdo el empujón que me dejó en la habitación contigua, el cierre de la puerta, el forcejeo, el golpe seco y luego el silencio. La puerta se abrió repentinamente, yo como pude me hice bolita, Cecilia me dio un abrazo, depositó en mis manos un cuenco y me susurró las instrucciones.

Tres días con leche fresca, al cuarto día debes de darle unas tres gotas, a los diez ya debes de alimentarlo con otros nutrientes junto con cinco gotas, la dosis de gotas no subirá significativamente en los primeros meses. Para cuando tenga seis o siete meses, si quieres, puedes retirar las gotas del todo, ya no le afectará a su crecimiento y podrá comer de todo. Cecilia fue muy clara en esto, tu alimentación es más que importante, sobre todo para que no llores. Yo seguí religiosamente estos pasos, es tan lindo ver cómo crecen tus hermosas raíces, tu carita tan linda, siempre sonriendo cuando se acerca tu mamá.

Dejaste el cuenco hace un mes, ahora eres toda una matita bien hecha. Serás como mamá, mala hierba, crecerás mucho y seré la madre más feliz del mundo. Eso sí, Cecilia lo dijo, debo estar más que al pendiente de tu llanto. No vayas a lastimar a mamá, y también papá debe de procurar tu cuidado y alimentación. Bueno, mi amor, es hora de comer. Voy a ver a tu papá, quédate aquí, seguro de nuevo no le gustará para nada la idea; gritará, me amenazará y demás. Pero no pasa nada, Cecilia se ha encargado de ello y no se mueve mucho al escucharte llorar. Así se queda quieto, quieto, quieto. Pero eso no es lo importante, lo que importa es que hay que alimentarte muy bien. Además, ¿para él qué son unas cuántas gotas de sangre?

ABRAZO

Luis Adrián Vargas Camacho

México

–Mami, tuve una pesadilla –Maggie despertó a su madre en medio de la noche. Llevaba a su osito ‘Tommy’ para darse valor de caminar a la habitación de sus padres en la oscuridad.

–Cariño, ¿qué sucede?

–Tuve un mal sueño, mami. Sentía que algo me aplastaba y no podía moverme.

–Tranquila, preciosa, todo es solo un sueño –la madre de Maggie abrió la sábana y le invitó a acurrucarse con ella. La pequeña caminó aliviada hacia el regazo de su madre y se acomodaba entre sus brazos y la sábana—. Estás conmigo y mis brazos son los que te cubrirán ahora, no hay nada que temer.

Su madre la envolvió con cariño y Maggie se sintió arropada y segura de nuevo debajo del cobertor, el cual tenía un olor amargo y le picaba un poco la nariz. Mientras se quedaba poco a poco dormida y tranquila, el cuerpo demacrado de la pequeña componía una mueca que apenas y se podía entender que sonreía acostada en su habitación. Flores extrañas nacidas de la maraña que cubrían la habitación la espolvoreaban de esporas marrones que la inducían de nuevo a un profundo sueño. La maraña que cubría a la pequeña niña aflojaba un poco su fuerte abrazo después de haberla oprimido demasiado, retrayendo las lianas que se le metían por la nariz y oídos y se ajustaban a su cuerpo, consumido por la maleza que la invadía.

La arropaba de nuevo para alimentarse de sus sueños, que nutrían a la criatura de la que nacía la maraña que invadió la Tierra aquella lejana noche. Había tomado a todos sus habitantes como comida, inducidos en un sueño eterno hasta consumirlos por completo.

SUSURROS EN EL LIMBO

Anezly Ramírez

México

Corrí hacia el campo después de una grave discusión sobre mis errores. Corrí tan lejos que deseé llegar hasta donde desaparecieran mis pies. Corrí velozmente para obligar al viento a arrancar las lágrimas de mis ojos y al fin poder ver, y quizá con un poco de suerte lograra arrastrar la desesperación, la tristeza o el enojo.

Llegué, sin darme cuenta, a un páramo singular con matorrales adornados de flores que no conocieron la vida de otra forma. Flores de todo tipo de colores y anatomía, únicas en su especie, que florecieron de la manera más inesperada. Caminé alrededor mirando los detalles de aquellas y sentí su tranquilidad a pesar de los males que goteaban con el rocío de cada uno de sus pétalos. Observé de aquí a allá, entendiendo los leves susurros de sus colores. Reí con las historias traviesas de esa que tenía los tonos del azul más alegre y me lamenté entre sollozos con la de los pétalos blancos que perpetuaban su pureza. Cada matorral era tan hermoso según la tragedia que le diera razón a su existencia y entonces comprendí que mi llegada a este lugar no era un simple paseo entre flores y sus historias tristes.

Mi curiosidad me guio a un apartado jardín dentro del mismo páramo y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Arbustos con flores moradas rodeaban el estanque de agua que reflejaba las nubes de lo que parecía ser el paraíso mismo. En su centro, una estructura vegetal de flores tan rojas que imitaban el color de la sangre se levantaba en punta como rascacielos. Sus ramas y hojas verdes caían al agua para después volver a salir de ella y extenderse por el amplio sitio como si de venas arteriales se tratara. Conté mis pasos para acercarme con cautela, pero los susurros de esas vidas me invitaron a beber del agua que les mantenía. Formé un hueco con mis manos y tomé del líquido que sació una sed que no sabía que tenía. Sumergí mi rostro y pronto me empapé hasta hundirme completamente.

Al salir sentí fluir toda esa agua dentro de mi cuerpo y, como si el lugar reservado

para mí me llamara, caminé hacia los arbustos con flores moradas. Mientras caminaba noté que mis pies se volvían verdes y las hojas amarillas en forma de estrella (pero verdes en sus cinco puntas como las que tupían aquel arbusto) sobresalían de mis piernas para entrelazar mi par de extremidades y convertirlas en camino de enredaderas. Avancé hacia mi sitio y mis brazos rodearon mi torso como pétalos cubriendo las historias de mi propia vida. Mis brazos ya eran pétalos morados que, en forma de campanilla, envolvieron mis ideas. Mi pecho y mi cabeza se volvieron un pistilo rosado como el color de mis mejillas y mis sentimientos reposaron como columna envuelta en mis historias.

Me quedé muda después de mandar mi último grito desde mi ovario hasta aquel centro rojizo del estanque, donde mi error como semilla germinó y nació sin conocer la vida. Donde la belleza de su existencia no fue juzgada y vivió sin ser limitada...

PLANTA DE OFICINA

Ricardo David Rocha Aguilar

México

Es la mañana de un lunes de verano, un lunes de fin de mes en el que el informe mensual inunda el pensamiento de todos en la oficina, hecho que se repite mes tras mes. El sonido de mil teclas alrededor mío danzaba en el aire como plumillas filosas que herían mis oídos y lo único que me mantenía en mis casillas era la planta de oficina que crecía exorbitante sobre mi escritorio, un helecho que ahora parecía formar su propia jungla de hojas verdes. El aire caliente que se cuela entre las ventanas no hacía más que aumentar la necesidad de terminar el informe, pero el suave mecer del helecho me tranquiliza en momentos como este. Leía gráficas y datos en mi computadora de escritorio y los descomponía y recomponía en otros gráficos y datos diferentes. Gráficos de pastel, gráficos de barra y diagramas diversos aparecen en el monitor mientras tecleo y hago *clicks* incesantes, automatizados tras años de práctica. Estaba en mi trance habitual cuando comencé a sentir un cierto cosquilleo en mi brazo izquierdo. Creí que era parte de esas sensaciones

fantasma que se experimentan cuando uno se abstrae del todo y el recuerdo de caricias o picores inunda el sistema nervioso, quien te engaña vilmente a lo que los ojos no pueden ver. Mas para mi sorpresa descubrí que tenía una pequeña hoja de helecho reptando por mi brazo como ciempiés, y lo que yo creía que era una ilusión nerviosa era la planta echando raíces en mi piel. Me daba la impresión como si se tratara de un perro echado al sol, siendo mi brazo su lugar de reposo y mis venas la fuente de su vida. Curioso, moví el brazo invadido en varias posiciones: ascendente y descendente, de este a oeste y de manera circular en ambas direcciones, y al comprobar que aún tenía buena movilidad decidí continuar con el reporte. ¿Debería preocuparme por la planta que ahora crece en mi brazo? Meditaba sobre esta cuestión mientras terminaba de escribir los títulos de algunos gráficos. “Bienes raíces”, “Contratos de planta”. Nunca había escuchado de nada similar a lo que me está pasando, pero si me pongo a pensar, no hay muchas plantas que puedan hablar para contar su metamorfosis. “Ramificación general”, “Hoja de Excelencia”. Si creciera lo suficiente, tal vez podría ser escuchado como el aullido del viento si mis hojas y ramas alcanzaran el cielo, o hablaría con el trinar de los pájaras que hagan de mí su casa, o con el júbilo del perro que lleva una de mis ramas a su amo, meneando la cola de felicidad, que a la vez sería mi felicidad. De tanto en tanto estiro mis dedos para darles un descanso, y al observarlos noté cómo un grupo de tallos ha surgido entre el espacio de mis uñas y mis dedos. Ahora el tecleo es acompañado por un sonido de ramas agitándose al compás de letras y símbolos, que viene siendo lo mismo, al igual que yo y el helecho. Resoplo para apartar una rama verde con forma de rizo de mi frente y me doy cuenta que mis cabellos ahora son de maleza y hojas. Pienso que de ahora en adelante me estaré regando a mí mismo siempre que me bañe, lo cuál me resulta irónico tomando en cuenta cuántas veces la he regado en mi vida y que por primera vez el regarla podrá generar sus propios frutos, aunque al ser un helecho lo más correcto sería decir sus propios retoños. Sigo tecleando y un largo bostezo se adueña de mi ritmo cadencioso hasta ahora, para irlo reduciendo poco a poco. Ahora mis movimientos se parecen más a los de un árbol mecido por el viento, movimientos taciturnos que se empeñan en terminar ese informe

que tantos problemas me ha traído. No pasó mucho tiempo más cuando, finalmente, pude pulsar la última tecla que enviaría el reporte a su destino electrónico. Observo el reloj de pared y marca las cuatro con veinte, cuarenta minutos antes de la hora de salida. Bostezo nuevamente, el sueño me va ganando poco a poco. Después de todo ya terminé el reporte, creo que me puedo tomar un tiempo para dormirar...

–Faltan diez minutos para salir y nadie encuentra al señor Robles, ¿alguien lo ha visto? Aunque parece que terminó el reporte a tiempo... Bueno, no importa. A partir de mañana, Rosa ocupará su lugar. ¿Y quién dejó este helecho aquí?

UN GRITO ENTERRADO

Dulce Esperanza Cruz Torres

México

Regresé al pueblo después de mucho tiempo. Al llegar mi piel se erizó, sentí una atracción; hay lugares que se convierten en un imán cargado de emociones. Antes de llegar a casa de los abuelos visité el plantío de maguey, aquel lugar en tono sepia, infértil de color y de alegría.

Sentí un mareo hipnótico cuando me acerqué, parecía que me susurraba. Caminé unos pasos y sin darme cuenta me pinché con una púa del maguey. Me revisé y vi un punto sangriento en mi brazo izquierdo, apenas visible; tardé unos segundos en reaccionar y por fin sentí un dolor punzante.

Seguí mi camino y escuché pasos acelerados. No había nadie, quizás el calor me traicionó. Continué hasta llegar con los viejos.

Los abuelos se han dedicado toda la vida a la siembra del maguey y a la elaboración del mezcal, una bebida desafiante para las gargantas más puras.

La primera vez que lo probé fue cuando tenía 7 años, no entendía por qué ese líquido era prohibido hasta que sentí mi garganta quemarse como un ahogo que me persiguió por mucho tiempo.

Regresé a la comunidad porque el abuelo está grave, aunque no le creía a la abuela. "Se está pudriendo por dentro", me dijo. Al parecer su caso no es el único, han habido otros similares; la gente piensa que es una enfermedad nueva.

Nadie sabía qué era lo que desencadenaba esas reacciones en los cuerpos. Algunas personas se consumían hasta secarse, otros se llenaban de moho; las venas de otros desafortunados se ennegrecían hasta reventarse, similar a un contenedor que ya no soporta más.

Cuando entré a la casa un olor a fruta descompuesta me recibió. El abuelo estaba postrado en su cama, parecía dormir. Su piel tenía un tono café y se veía aguada, en proceso de putrefacción. Abrió los ojos y cuando me vio comenzó a tener un ataque, se quedó sin poder respirar. Me asusté tanto que me quedé paralizada, sólo pude soltar un alarido que alertó a mi abuela y a mis tíos.

Mientras atendían a mi abuelo pude ver su piel pudrirse más rápido de lo normal. Dejó de respirar.

Salí de la casa corriendo.

En mi camino me topé con el plantío otra vez. Traté de olvidarme del abuelo y centré mi atención en otra cosa. De pronto vi en la base de un maguey una especie de baba negra viscosa. La toqué, era muy pegajosa. La acerqué a mi nariz, no tenía olor. Sentí un impulso por probarla, pero me interrumpió mi tía.

Después del funeral y el entierro quise irme lo antes posible, pero un comentario llamó mi atención. "Son los magueyes, es el mezcal".

Quise saber más al respecto, pero quien mencionó el comentario fue el borracho del pueblo y nadie lo tomó en cuenta.

Le dije a mi tío lo que vi en el maguey. Como él siempre se preocupa por su cosecha, fue a ver el plantío y al ver al maguey con la baba negra de inmediato lo desenterró. La raíz se veía podrida, caso contrario a la vida que irradiaba por fuera. Mi tío continuó revisando el resto de magueyes: varios comenzaban a tener pequeños puntos negros.

Fui a ver las pencas que se utilizaron para elaborar la última producción de mezcal y

tenían esas manchas negras apenas visibles.

Tomé una botella de mezcal, la abrí y olí su aroma penetrante, pero no percibí nada raro. Procedí a probarlo.

Cuando tomé aquel mezcal me invadió el miedo. Pronto recuerdos bien enterrados salieron con tanta facilidad como aquella raíz podrida. Recordé el lugar donde asesinaron al niño que intentó defender a su pequeña hermana de las garras de la fiera (una con manos escurridizas, de barba abundante y con aliento alcohólico). Vi ese lugar donde dicen que murieron mis padres hace años. Recordé cuando probé por primera vez el mezcal: el día que mataron a mi hermano, el mismo día que el abuelo ayudó a huir a su hijo mayor para evitar que fuera a la cárcel. Había escuchado que esa bebida sagrada te ayudaba a olvidar, y así fue, porque de aquel evento traumático sólo quedaba una mancha borrosa en mi memoria.

Seguí bebiendo el mezcal. Mis venas comenzaron a sobresalir y se veían negras, mi piel pronto se puso amarillenta y babosa; las moscas no tardaron en llegar. Un grito interno quiso escapar por mi boca, pero no lo dejé, lo enterré al igual que aquel pequeño cuerpo que se esconde debajo del plantío.

Ahora recuerdo por qué me fui de este lugar donde habitan esos magueyes que absorbieron penas, destilaron horrores y fermentaron miedos añejos.

UNA VÍCTIMA DE LA ESTÉTICA

Luis Enrique Cuéllar

México

Dejaste de respirar antes de que el atardecer comenzara. Los tuyos regresarán al anochecer. Al menos debes reconocer que no sufriste tanto como merecías; este fue el castigo por tu vanidad. Es una ironía deliciosa que en un jardín como este, amplio, fresco, lleno de colores indescriptibles, aromas deliciosos y vida radiante, tú seas lo único deslucido,apestoso y marchito. Siempre te jactaste de ser lo mejor de tu especie y mírate ahora.

La verdad esto es algo que nosotras no entendemos de ustedes; esa forma tan contradictoria que tienen de pensar. Primero nos llaman bellas, sutiles o elegantes y luego nos eliminan cuando no cumplimos con su «estética», lo que sea que eso signifique.

Justo fue así como te tendí la trampa. Después de tu osadía no me dejaste opción. Siete noches antes le imploré a la Madre Tierra: «permíteme florear con un poco de antelación». Me concedió mi deseo porque comprendió que era lo justo. Yo sabía que en cuanto vieras mis grandes flores amarillas no te podrías resistir a olerlas y que no habría nadie durante el día que te advirtiera de no hacerlo. Por cierto, yo no sé por qué los tuyos te mimaban tanto, si cada día los tratabas de manera tan cruel. Al principio siempre les sonreías, pero al final terminabas hablándoles con el lenguaje del odio. Además, nunca parecía que realizaras alguna función útil.

Yo, como todas nosotras, me abstuve de meterme en asuntos de seres bípedos. Pero el día que cortaste sin miramientos a la gran jacaranda, la que nos daba sombra, nos protegía y nos saludaba al amanecer, no pude evitar que el resentimiento corriera por mis tallos. Lo destilé hacia mis hojas para que no llegara al suelo. ¡No tenías motivo para quitarle la vida! ¡Eres un ser vil! Esa patética palabra, «estética», al parecer lo justificaba todo para ti, incluso la crueldad y la muerte.

¡Aquella bella y noble jacaranda! Podía sentir su dolor y sus súplicas a través del suelo y el aire. Tú nunca has escuchado a un árbol gritar de sufrimiento; eres insensible a lo que te rodea. Ella quería despedirse incluso en sus últimos momentos ¡Era tan noble! No obstante, tú no dejaste de ella más que las raíces. Aun así, su esencia se impone en medio del jardín, como si todavía estuviera aquí. Percibir en mis tallos y raíces cómo la cortabas y despedazabas infundía un miedo indescriptible en mí. Mis hojas querían cerrarse, deseaba hacerme pequeña e invisible. Me sentía indefensa, en especial porque yo estoy al frente de la zona de los arbustos. Pensaba que si eso le haces a un árbol tan robusto, magnífico e imponente, qué cruel destino sufriría una débil planta como yo a tu merced.

Ahora contemplo tu cadáver, con la piel pálida y deslucida que siempre deseaste; con líneas violeta, tu color favorito, recorriendo tus mejillas y tu boca; con tus ojos enmarcados

de un rojo intenso, que te dan la expresión espontánea e intensa que nunca lograste en vida; pero sobre todo con la sangre que sale de tu nariz, abandonándote como lo hizo tu alma. Te quedaste frente a mí, con la boca abierta y las manos en la garganta, torcido como un manglar improvisado. Quizá si te pudieras ver al fin estarías satisfecho y no torturarías a nadie más. No importa, ya no puedes causarle mal a nadie de todos modos.

Es mejor así, nos servirás de alimento; por fin darás algo a cambio de tu vida. En este atardecer fresco de primavera, acompañado del trinar de las aves, regresarás a la tierra como abono. Este es el único acto de humildad que harás, el que todo ser vivo realiza al final de sus días.

No hay nadie aquí que no me felicite y se alegre de mi decisión: las rosas y los lirios desprenden sus perfumes en mi honor, el césped luce su mejor verdor y se agita al ritmo del aire, los pinos de la entrada me ovacionan e incluso el felino blanco ha jurado protegerme de otros animales. Debo confesar que lo disfruto. ¿Cuántas veces se ovaciona a una planta como yo? Muy pocas, en realidad. Este es mi momento.

Percibo a los tuyos acercarse. Lo hacen con cautela. Te observan. De seguro quedarán mortificados cuando se den cuenta de que ya no respiras más... ¡No lo puedo creer! Después de tanto procurarte en vida no se afligen; en cambio se abrazan y festejan. Ustedes son incomprensibles para mí. Ellos se alejan y te dejan aquí, en medio del jardín. Los insectos comienzan a ocuparse de tu cadáver; te recorren despacio y sin prisa. Al final también resultaste ser una víctima de la estética.

TINTA VERDE

Mónica Elsa Zempoalteca Alfonseca

México

Daphne siempre vestía de negro. No era ni existencialista ni estaba de luto. Tampoco era fanática de grupos de rock. Simplemente en el negro se sentía ella misma. En las mañanas se ocupaba de escribir textos publicitarios y contenido para páginas web. Las tardes las

dedicaba a leer y a escribir literatura.

Un fin de semana Daphne visitó una feria de herbolaria. De entre todos los puestos hubo uno que le llamó la atención. Estaba al final de un pasillo casi en penumbra. Era un puesto pequeño como el hombre que lo atendía. Tenía el cabello largo y lacio. Daphne recorría con la mirada los frascos de tinturas y los manojos de hierbas deshidratadas. Había también algunas plantas frescas. Los rasgos y la constitución de quien en un inicio parecía ser un hombre, ahora, vistos desde más cerca, resultaban ser los de una mujer.

—Le agradas —dijo la vendedora, quien miraba fijamente a Daphne.

—¿Cómo dijo? —preguntó Daphne, aún desconcertada por haber confundido con un hombre a la mujer.

—Le gustas —repitió la mujer del puesto mientras señalaba el tallo ensortijado de una planta que se había enredado en la bolsa de Daphne.

La mujer explicó que era una mata del bosque nublado de Los Tuxtlas en Veracruz, de donde era ella. Su nombre era lirio de luna y aunque no era propiamente un lirio era cierto que sólo crecía con la luz de la luna. Se trataba de una planta de las que llaman simbiote, porque colabora con otras plantas y animales para beneficios mutuos. A Daphne le hizo gracia que un tallo se hubiera prendado de su bolsa, además de que la planta en cuestión le pareció bellísima. La compró sin vacilar.

Al llegar a casa decidió colocar la planta en el alféizar de la ventana frente a la cual escribía.

Una tarde lluviosa, mientras leía poemas de Emily Dickinson, a Daphne se le resbaló de las manos la copa de la que bebía vino, la cual se quebró al chocar contra la maceta. La escritora recogió con cuidado los fragmentos de vidrio entre la tierra, pero se cortó con el filo de uno de los trozos de la copa. La sangre no tardó en rebosar profusamente de sus finos dedos. Para no manchar unos documentos que tenía sobre el escritorio, la joven, con paciencia, dejó caer la sangre sobre el sustrato de la maceta hasta que la herida coaguló y la sangre cesó de manar.

Al día siguiente la planta parecía marchita, pero al anochecer unas hojas lanceoladas, negras y aterciopeladas brotaron de entre los tallos. En el día las pequeñas hojas se mimetizaron en el papel tapiz. Durante las siguientes noches la planta se llenó de curvas, de tallos rizados y de enervaciones rojizas en las carnosas hojas, las cuales eran cada vez más numerosas.

La poesía era el único género que Daphne escribía a mano y con pluma fuente. Excentricidad o no, ella disfrutaba del anacrónico ritual. Un día en el cual había escrito cuantiosamente se le acabó la tinta negra con la cual escribía. Estaba en una buena racha de escritura y no quería cortar el flujo creativo así que, sin pensarlo mucho y entusiasmada por la ocurrencia y la curiosidad, la joven cortó un trozo grande del tallo y las hojas de la planta y con un mortero exprimió abundante savia. Con esta improvisada tinta verde Daphne continuó escribiendo y escribiendo hasta ya muy entrada la noche. Estaba cansada pero satisfecha de la sesión de escritura que había tenido. Tenía sed. Mucha. Recordó lo fresco que parecía el jugo vegetal de la planta. Decidió probar directamente un poco de la savia fresca de uno de los tallos que tenía más a la mano. La sensación en su boca era tan refrescante y revitalizante que a Daphne le costó trabajo detenerse.

La escritora regaba con mimo la planta. Mezclaba la tierra con los mejores nutrientes orgánicos y al atardecer abría por completo la ventana para que entrara de lleno la luz de la luna. La planta no dejaba de crecer. Una noche de plenilunio emergió una flor de belleza delicada. Blanca como una hoja de papel. Duró una sola noche.

Daphne ya sólo utilizaba la tinta verde para escribir poesía y otros géneros. Nada de tinta negra. Asimismo se ocupaba de nutrir su escritura con la lectura de buenos libros. Nuevas perspectivas y hallazgos poéticos encontraban terreno fértil en sus letras. Una madurez de ideas brotaba en sus ensayos y aforismos.

Con el crecimiento y expansión del follaje del lirio de luna la casa se fue oscureciendo cada vez más. Las raíces y tallos se deslizaban como serpientes a un ritmo imperceptible pero sin pausa por paredes y techos, lo cual creaba una noche fresca y artificial adentro de la casa.

Daphne seguía bebiendo de la savia de vez en cuando, lo cual produjo algunos cambios en ella. Su piel era lozana, de apariencia más juvenil cada día. Su cuerpo tenía el aroma de la miel silvestre. Su cabello brillaba más que nunca. Además, la falta de sol directo y las sangrías ocasionales en beneficio del lirio de luna la habían hecho más pálida.

Daphne conoció a un hombre inteligente y apuesto de quien se enamoró. Él la visitaba algunas tardes. Platicaban y leían juntos. Los besos de ella tenían el sabor oscuro de la tierra húmeda. En las noches les florecía el deseo. Después de besarla con delectación, el hombre se iba quedando suavemente adormecido. Ella aprovechaba ese tiempo para escribir, siempre con tinta verde, y en los breves descansos entre escritura y escritura Daphne observaba a su pareja dormir. Lo cual era un deleite para ella porque pensaba que un hombre bello lo era aún más cuando estaba dormido. Él se hundía al fin en un sueño profundísimo con el sabor de un dulce veneno en sus labios. Veneno que, quizá, no acabaría con la vida de aquel hermoso durmiente porque, como todo mundo sabe, poco veneno no mata.



AUTÓMATAS

Dirección

Miguel Lupián

Selección, edición y corrección

Miguel Lupián

Formación y diseño

Mariano F. Wlathe

Arte

Carmen Lop

[@carmenlopp](#)

<https://www.behance.net/Eccenhilo>

Contacto

Penumbria.mx

Facebook.com/Penumbria

[@RPenumbria](#)

revistapenumbria@gmail.com



Penumbria

Revista fantástica para leer en el ocaso